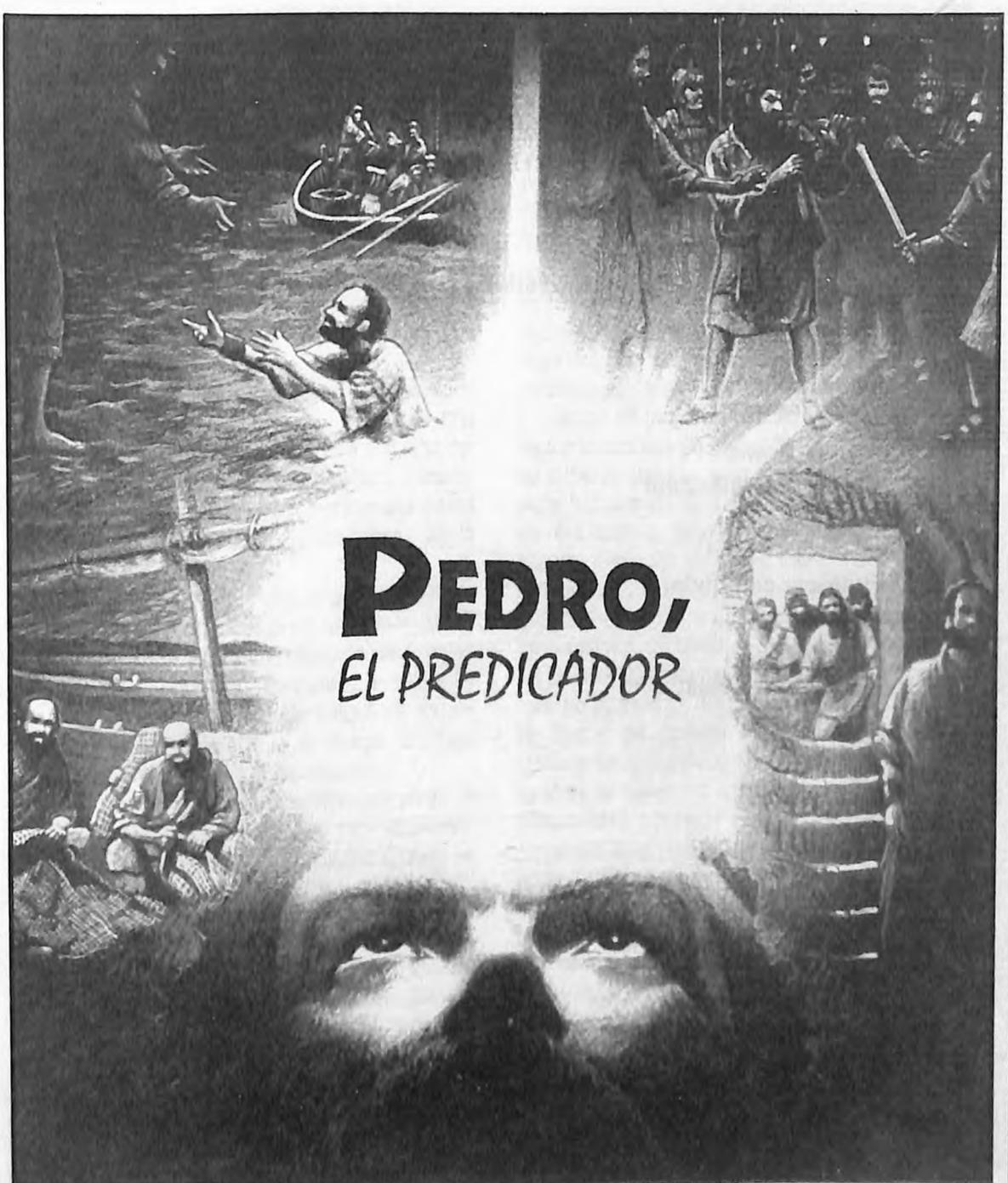


MINISTERIO 3

JULIO-AGOSTO 1995

adventista



PEDRO, EL PREDICADOR

MINISTERIO

adventista

TOMO 3 (Año 43 - Nº 255) – JULIO-AGOSTO 1995

CONTENIDO:

Félix Cortés A. Editorial	3
W. Floyd Bresee La predicación expositiva	4
Rex D. Edwards El arte de la predicación expositiva	9
Charles E. Bradford En sus manos	13
John M. Fowler Pedro, el predicador	19
Léslie N. Pollard Predicar con poder	24
Dick Duerksen Sábado en Betesda	29

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Director: Werner Mayr

Redactor: Javier Hidalgo

Consejeros: Alejandro Bullón, Jaime Castrejón S.

Diagramador: Leonardo Moreno

Primera edición (3.200 ejemplares)

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 950-573-493-X (obra completa)

ISBN 950-573-499-9 (tomo 3)

MINISTERIO ADVENTISTA es una obra de la Asociación Ministerial de las Divisiones Interamericana y Sudamericana de la IASD; editada por su propietaria, la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa mediante el sistema offset en los talleres gráficos de ACES, Av. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, Argentina, el 17 de mayo de 1995.

286
IGL Iglesia Adventista del Séptimo Día
Ministerio adventista - 1a. ed. - Florida (Buenos Aires). Asociación Casa Editora Sudamericana, 1995.
t. 1, 32 p.; 24x17 cm.
ISBN 950-573-499-9 (tomo 3)
I. Título - 1. Iglesia Adventista

EDITORIAL



adie puede negar que el púlpito evangélico atraviesa un período crítico de su historia. Gente que se dice cristiana se queda en casa en vez de ir a la iglesia, y entre los que asisten regularmente, se dice que van a pesar de la predi-

cación y no por causa de ella". Estas palabras del pastor Alejandro Bullón suscitan serias reflexiones. Merrill Unger, expresó la misma preocupación: "En un grado alarmante, la gloria está desapareciendo del púlpito del siglo XX".

Creo que podemos afirmar que la predicación adventista, más específicamente, pasa por una crisis. El púlpito adventista no resuena con el poder de la Palabra como se supone que debería hacerlo, dada la importancia y la urgencia del mensaje de los tres ángeles que debería proclamarse desde allí.

Conviene, sin embargo, afirmar que estas declaraciones no tienen el propósito de cuestionar la obra del ministerio adventista. Los pastores adventistas desempeñan su ministerio con espíritu de sacrificio. Ser pastor adventista hoy es estar empeñado en una tarea que exige, al parecer, más tiempo, talentos, energía y salud de lo que antes requería.

No es cuestión de plantearse hipótesis en estas brevísimas palabras introductorias, pero arriesgándonos a generalizar podríamos decir que la crisis de la predicación radica en el ministerio, la iglesia y el sistema organizacional adventistas insertos en el clima del mundo actual al cual no han podido substraerse. El clima del mundo moderno es de tibieza, indefinición, lasitud. La gran confederación del mal de los últimos días apenas empieza a formarse y a ganar intensidad. Parece que los adventistas no perciben claramente su desafío ni entienden bien su misión. Parecen no comprender que el gran mensaje de convocación a unirse con Dios frente a la gran

confederación del mal en los últimos días debe proclamarse con intensidad cada vez mayor hasta convertirse en el fuerte pregón del tercer ángel.

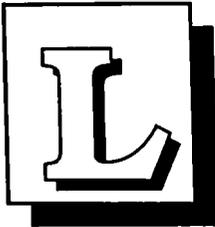
Con frecuencia el pastor no es más que el administrador y coordinador de los esfuerzos de su distrito, y no pastor evangelista, proveedor de alimento espiritual para su rebaño y anunciador de las buenas nuevas para los inconversos. El pastor no es conocido ni evaluado como predicador sino como administrador de los esfuerzos de la iglesia. La administración desvía el énfasis. La iglesia y el ministerio realizan muchas actividades buenas, necesarias y urgentes, pero que de alguna manera desvían a los ministros del "ministerio de la palabra".

Hemos de ser, sin embargo, equilibrados. Tenemos instrucciones en el sentido de que los ministros no debieran predicar y las iglesias no debieran esperar "un sermón cada sábado" (*Joyas de los testimonios*, tomo 3, pág. 82). También sabemos que cuando Elena G. de White habla a los "obreros evangélicos", se dirige a todos los miembros de la iglesia. Pero es a los hombres apartados por la iglesia para el ministerio de la Palabra a quienes se les dirige la siguiente amonestación: "¡Ojalá que todo ministro de Dios se diese cuenta de la santidad de su obra y del carácter sagrado de su vocación! Como mensajeros divinamente señalados, los predicadores se hallan en una posición de terrible responsabilidad" (*Obreros evangélicos*, pág. 156). La responsabilidad radica en que cuando pasan al púlpito deben hacerlo como hombres de Dios para exponer la Palabra de Dios. Terrible responsabilidad es no elevarse a esa altura. Grave pérdida defraudar la anhelante expectativa de la congregación.

Se necesitan predicadores que alimenten semanalmente a su congregación con el maná celestial. Tales predicadores hallarán, esperamos, una valiosa ayuda y mucha inspiración, en los artículos dedicados a la predicación que aparecen en este número especial.

LA PREDICACION EXPOSITIVA

¿Desea arder más en su predicación? Esta serie de artículos le ayudará a encender la llama.



La predicación eficaz tiene a la humanidad dentro de ella y a la Divinidad detrás. La humanidad interiorizada procede de un estudio de la naturaleza humana en general y de su propia congregación en particular. La Divinidad que está detrás surge mayormente de una permanente y persistente exposición de la verdad bíblica: la predicación expositiva.

La predicación expositiva se define generalmente en términos de la extensión del pasaje bíblico usado. La definición de Andrew Blackwood dice: "Predicación expositiva significa que la luz de cualquier sermón surge mayormente de un pasaje bíblico más largo que dos o tres versículos consecutivos".¹ Muchas veces el pasaje es un párrafo o capítulo bíblico, otras, un libro entero. La definición más acertada, sin embargo, tendría que ver menos con la medida del pasaje tratado y más con la manera de tratarlo.

He aquí nuestra definición de predicación expositiva en su sentido más estricto y breve: "La predicación expositiva es predicar basado en un pasaje bíblico significativo de modo que las principales lecciones del sermón se originen en la Escritura y sean aplicados a una necesidad humana actual". En su sentido más amplio, predicación expositiva es simplemente predicación bíblica.

Lo que no es la predicación expositiva

No es un trampolín. Nuestra perpetua tentación es usar la Biblia como un trampolín desde donde poder saltar a la consideración de nuestros propios pensamientos. La Escritura es ajustada para adaptarse a nuestro pensamiento, en vez de que nuestro pensamiento se ajuste a la Biblia. Usamos la Biblia como una *fuentes* de sermones, pero no es la verda-

dera fuente del sermón.

No es pronunciar una conferencia. Si dar una conferencia significa abarcar todos los detalles del pasaje. No es un comentario versículo por versículo de todo el pasaje, tampoco es un estudio lexicográfico. No es exponer una serie de hechos sin más propósito unitario que obtener una página llena de palabras. Más bien, debe enfocarse en una proposición principal encontrada en el pasaje y considerar muy de paso todo lo demás u omitirlo completamente.

No es simplemente enseñar. La predicación incluye decididamente la enseñanza, pero no es enseñanza sólo por causa del conocimiento, sino es usar ese conocimiento para mover la voluntad del oyente a hacer la voluntad de Dios. G. Campbell Morgan enfatizó: "Toda predicación tiene su objetivo, y consiste en capturar la ciudadela del alma: la voluntad. El intelecto y las emociones son las avenidas para la aproximación y ambas deberían emplearse. Lo que siempre debemos recordarnos a nosotros mismos es que nunca habremos logrado el objetivo básico de la predicación hasta haber alcanzado la voluntad, y habérsela constreñido".²

Variaciones

Podemos definir la predicación expositiva en su sentido más amplio como una predicación genuinamente basada en la Biblia; los sermones textuales, biográficos y de asunto (o temáticos), si en verdad son bíblicos, podrían considerarse como variaciones de la predicación expositiva. El enfoque temático, aunque cargado con el evidente peligro de sacar el texto de su contexto, siempre es esencial en la predicación doctrinal. Para conocer la verdad completa al tratar cualquier tema, debe estudiarse toda la Biblia. Si se subestima la predicación por temas, con toda probabilidad también la predicación doctrinal

será descuidada.

¿Por qué predicación expositiva?

Es básica para nuestra descripción de trabajo.

Jesús comenzó su ministerio público en Nazaret predicando de las Escrituras (Luc. 4:16-22). Los doce apóstoles se negaron a permitir que otros importantes deberes eclesíásticos les impidieran cumplir su responsabilidad primaria diciendo: "No es justo que nosotros dejemos la Palabra de Dios, para servir a las mesas... Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la Palabra" (Hech. 6: 2-4). Pablo dio al joven Timoteo su responsabilidad ministerial: "Que prediques la Palabra" (2 Tim. 4:2). Ese es el trabajo del predicador.

Pero los pastores, sobrecargados y frustrados, preguntan, "si invierto mi tiempo en especializarme en la predicación bíblica, ¿como podré hacer la obra de la iglesia?" Afortunadamente, el predicador que sigue el plan bíblico de predicar la Palabra, inspirará a más miembros a seguir el plan diseñado por la Biblia de que cada miembro realice algún ministerio en favor de la iglesia.

Da autoridad y poder. Merrill Unger advierte: "En un grado alarmante, la gloria está desapareciendo del púlpito del siglo XX. La razón básica de esta ominosa condición es obvia. Aquello que imparte la gloria ha sido quitado del centro de mucha de nuestra predicación moderna y puesto a un lado. Se le ha negado el trono a la Palabra de Dios y se le ha dado un lugar secundario. La elocuencia humana, las filosofías de los hombres, la ética cristiana, el mejoramiento social, el progreso cultural, y muchos otros temas buenos y apropiados en su momento, han captado el centro del interés y han sido entronizados en el púlpito promedio en lugar de la Palabra de Dios."³

Suple las necesidades humanas. El adorador moderno se sienta delante de su púlpito con la urgente necesidad de ser liberado del poder y las consecuencias del pecado, de hallarle sentido a la existencia humana, de tener esa sensación de realización personal, seguridad, pautas para la conducta personal y esperanza para el futuro. Ningún otro libro puede compararse con la Biblia para suplir esas necesidades. Ella siempre va al púlpito para suplir una necesidad humana, no para explicar un pasaje bíblico.

Provee una cantidad inagotable de material. Como joven ministro vivía con el creciente temor de

quedarme sin nada digno que decir después de unas pocas semanas de presentarme por primera vez en mi púlpito. Y precisamente eso ocurrió. Pero la necesidad me forzó a descubrir que la Biblia contiene un pozo de material que nunca podrá secarse.

Aproxímese a la Biblia con la fe reverente de que "toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Tim. 3:16-17). Estúdiela diligentemente, y obtendrá una creciente provisión de emocionantes verdades que clamarán suplicándole que las predique. Examínese a usted mismo, y probablemente descubrirá que la única ocasión en que no ha tenido nada que decir habrá sido cuando no estuvo dedicando el tiempo necesario, disciplinado, a su Biblia.

Promueve una teología equilibrada. Ningún predicador es tan perfectamente equilibrado como la Biblia. Todos tenemos nuestros caballitos de batalla y nuestras teorías favoritas. Mientras más cerca estemos de obtener nuestros sermones de la Biblia, más amenos serán éstos y nuestros oyentes llegarán a ser más equilibrados.

"Así que la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios" (Rom. 10:17). ¿Quiere usted ayudar a sus oyentes a edificar su fe? Entonces permítalos escuchar la Palabra de Dios.

Despierta el interés de los miembros en el estudio de la Biblia. El hecho desafortunado es que muchos que asisten a la iglesia rara vez abren la Biblia en casa. La predicación bíblica ayuda a la gente a redescubrir su contenido. Es contagiosa. Un amor por el Libro demostrado en el púlpito producirá un amor por el Libro en las bancas.

Ayuda a crecer al predicador. I. H. Evans dice de la Biblia: "Es posible que al principio sólo veamos en ella una pequeña luz, pero a medida que la leemos, estudiamos y meditamos en ella, veremos más y más luz. Cada vez que volvemos a ella, encontramos más y más luz, hasta que, poco a poco, esta Palabra se enciende en grandes llamaradas de luz espiritual".

Spurgeon exclamó: "Yo no sé cómo podría haberse mantenido viva mi alma si no hubiera sido por la investigación de la Palabra que la predicación lleva implícita".

Cómo preparar un sermón expositivo

1. Seleccione su texto bíblico.

Haga una lista. A medida que usted lea la Escritura en sus devociones privadas, o mientras prepara otros sermones, los pasajes asomarán constantemente como dignos de futuros sermones. Anótelos en una lista o en un diario, junto con la forma en que el pasaje lo ha impresionado y lo que podría enseñar en base a él.

Las aplicaciones del sermón que surjan de la comunidad se adaptan a ella. Las ilustraciones que surgen de su congregación conmueven a su congregación.

Conozca las necesidades de sus miembros.

Henry Ward Beecher insistía: "Usted llegará muy pronto, en su experiencia pastoral, a formar el hábito de pensar más en sus miembros y en lo que puede hacer por ellos en sus sermones y en aquello de lo que hablará".⁵

Busque el equilibrio. Ahorra tiempo y fomenta el equilibrio el hecho de tener un plan tentativo de predicación por lo menos con un año de anticipación. Use tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, así como los evangelios y las epístolas.

2. Ore para que su mente se abra al pasaje.

Mientras usted abra su Biblia, ore pidiendo ser objetivo, que su estudio sea conducido a la exposición, no a la imposición; a la exégesis (sacar algo), no a la eisegesis (poner algo). Ore para que el Espíritu Santo que inspiró las Escrituras sea quien las

interprete para usted por el bien de su pueblo.

3. Determine su propósito al predicar el pasaje.

¿Qué necesidad espera suplir? Antes de iniciar un viaje, es necesario saber adónde ir.

4. Estudie su texto.

Estudie. Esto implica trabajo duro. Es la única razón por la cual hacemos muy poco al respecto. Dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo al "trabajo más fácil" de nuestro ministerio para aplacar nuestra conciencia por no tomar el tiempo para la dura tarea de estudiar. Si esa es su tentación, escriba sobre su escritorio con letras grandes, "estudia con diligencia para presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Tim. 2:15). No se desanime si le resulta difícil estudiar y preparar sus sermones. Más bien, preocúpese si descubre que le es fácil hablar, aunque no tenga nada importante que decir.

Macro estudio. Primero, observe el cuadro completo en su texto o pasaje. Trate de verlo como una unidad. Capte su significado como un todo. Léalo rápidamente varias veces. ¿Cuál es su énfasis? ¿Quién está hablando? ¿A quién? ¿Cuál es su contexto: (lo que está escrito antes y después)? ¿Cuál es el marco social, religioso y político?

Micro estudio. Ahora estudie el texto versículo por versículo. Busque personajes importantes y palabras significativas. Busque esas palabras en el hebreo y el griego si le es posible. Compare la forma en que están traducidas en diferentes versiones. Lea lo que los somentarios dicen acerca de él.

Tome dos tipos de notas. Primero **notas de materiales**; notas de material que usted podría usar en su sermón. Tenga a su alcance pequeñas hojas de papel en abundancia. Estas pueden ser tarjetas de 15x10 centímetros, que es el tamaño que yo uso más frecuentemente. Estas hojas de papel no deberían costarle casi nada para que usted se sienta libre de usarlas generosamente. Escriba en una tarjeta aparte cada idea que se le ocurra, sea brillante o no. Es probable que al final descarte la mayoría de ellas, pero que de momento usted no sabe cuál.

Segundo, **notas organizacionales** sobre una hoja de papel más grande. Nunca prepare el bosquejo de su sermón hasta haber reunido todo el material que necesitará. Por otra parte, nada es más frustrante en la preparación del sermón que terminar

su investigación, tener una cantidad de buen material, y no saber exactamente cómo integrarlo al sermón. La solución es simple: cada vez que usted escriba una idea en su tarjeta de 15x10 pregúntese en qué tipo de bosquejo encajaría. Cuando su investigación esté lista, su hoja de trabajo tendrá una buena cantidad de posibles bosquejos. Intercámbielos, combínelos.

Al mismo tiempo, usted estará garabateando algunos posibles bosquejos, anotando en su hoja de trabajo posibles temas. Esto es especialmente importante en la predicación expositiva. La mayoría de los pasajes apunta en diversas direcciones y usted no tratará de usarlas todas. De otra manera, usted terminaría teniendo varios sermoncitos eslabonados como una cadena pero sin ningún nexo entre ellos. El tema o proposición resuelve este problema. Es la esencia de todo el sermón en una sola frase. Todo lo demás no es sino una ampliación de esa única lección central. Enuncie su tema casi al principio, repítalo a intervalos a través de todo su sermón, y sus posibilidades de llegar directamente al corazón de sus miembros serán muy grandes.

John Henry Jowett enfatizó: "Ningún sermón estará listo para ser predicado ni escribirse, hasta que podamos expresar su tema en una oración breve y llena de sentido y clara como el cristal. Yo sé que encontrar esa oración es la tarea más difícil, más exigente y más fructífera de todo el estudio".⁶

Llene su hoja de trabajo con posibles temas mientras estudia. Para cuando haya terminado de investigar su tema, debería ser evidente.

5. Encuentre a Cristo en su texto.

A través de todo este proceso manténgase a la caza de todo lo que su texto enseñe acerca de Jesús. Según la anécdota, al viejo pastor británico no le estaba gustando mucho el sermón del joven predicador.

—¿Qué tiene de malo? —dijo en son de queja el joven pastor—. No tiene a Cristo —replicó el viejo pastor—. Pero Cristo no estaba en el pasaje. —Escuche, joven amigo, desde todos los villorrios de Inglaterra hay un camino que conduce a Londres. Todo lo que usted tiene que hacer es encontrarlo. De entre todos los pasajes de la Escritura surge un camino que conduce al Calvario. Haga que su esfuerzo consista en hallarlo.

Tanto Jesús como la Biblia son conocidos por el mismo nombre: la Palabra, indicando con ello su íntima relación. La Biblia revela constante y consisten-

temente a Jesús quien dijo: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan 5:39).

Mientras más cerca estemos de obtener nuestros sermones de la Biblia, más amenos serán éstos y nuestros oyentes llegarán a ser más equilibrados.

6. Incube su texto.

Uno de los mejores secretos que conozco para preparar un sermón expositivo práctico, es comenzar al inicio de la semana. Ya para el lunes o martes su investigación bíblica básica debería estar terminada. Usted tiene su tema y su bosquejo tentativo. Usted ya sabe lo que dice su texto: ahora debería encontrar la mejor manera de aplicarlo a sus miembros. Deje que su texto se incube en algún lugar entre el consciente y el inconsciente de su mente. La Biblia lo llama "meditación": "Se enardeció mi corazón dentro de mí; en mi meditación se encendió fuego, y así proferí con mi lengua" (Sal. 39:3).

Saboree el mensaje de su texto toda la semana antes de predicarlo a su congregación. Llévelo dondequiera vaya, cuando transite las calles de su ciudad y cuando vaya a los hogares de sus miembros. La esencia de su mensaje debería surgir de su texto, pero el desarrollo debe proceder de su congregación y de su comunidad.

Conservé su sermón en la mente mientras preside comisiones, trabaja en la iglesia y convive con

su familia. Deje que se incube mientras maneja, camina, habla con amigos, e incluso mientras duerme. Mi esposa se cansó tanto de que yo la despertara en la noche mientras arañaba buscando luz, pluma y papel para escribir las ideas que se me ocurrían, que compró un cuaderno de notas iluminado que todavía tengo junto a mi cama.

Pregúntese muchas veces al día, "¿cómo podría este sermón suplir tal o cual necesidad?" "¿Ilustraría esta experiencia lo que quiero enseñar?" Atrévase a imaginar. Adopte cosas que puedan servirle de ilustración. Las aplicaciones del sermón que surjan de la comunidad se adaptan a ella. Las ilustraciones que surgen de su congregación conmueven a su congregación.

7. Organice su texto.

Cada sermón tiene tres partes (*introducción, cuerpo y conclusión*), sea que usted lo planee así o no.

Cuerpo. Para entonces ya ha adoptado su tema y su bosquejo. Primero organice el cuerpo. Al organizar el sermón que aparece en el recuadro, *El Buen Pastor*, yo pondría primero en mis tarjetas 15x10 cada uno de los pensamientos que aparecen ahora en negritas en ese bosquejo del sermón. Luego pondría abajo cada una de las otras tarjetas de ese tamaño que se adapte a esa sección del sermón.

Ahora viene la parte más difícil. Descartar crudamente todo material que no se adapte a su tema o que no esté a la altura de sus expectativas. Usted debería comenzar con mucho material, más de lo que necesitará. El buen material que no se adapte perfectamente al tema elegido podrá archivarse para un uso futuro. Tres ventajas de las tarjetas de anotaciones son patentes en este nivel: usted puede organizar su material rápidamente sin necesidad de volverlo a copiar; de esta manera puede omitir material fácilmente y puede limitar la extensión de su sermón con más precisión. Yo he aprendido que 30 tarjetas de 15x10 me producirán un sermón de 30 minutos.

Introducción. Ninguna parte de su sermón es tan importante como su introducción y conclusión. Estas partes deberían prepararse cuidadosamente. Sin embargo, deberían prepararse al final. Usted no puede hacer ninguna introducción a menos que

tenga algo que presentar. Usted no puede concluir nada hasta no saber qué está terminando.

Los propósitos básicos de su introducción son atraer la atención a su tema al presentarlo. Algunos sienten que es más inteligente introducir su tema más adelante en el sermón, pero los predicadores deberían aprender de la psicología de la publicidad: ponga primero lo que desea que el público recuerde más y repítalo continuamente si quiere que lo recuerden.

Conclusión. Predicar un sermón es algo perfectamente comparable a volar en un aeroplano. La prueba decisiva ocurre al final. La conclusión debería resumir brevemente lo que se ha dicho, luego apelar a la disposición de los oyentes para moverlos a actuar.

Ahora prepare su exposición. Ya sea que use manuscrito, notas o de memoria, exponga su sermón, no tanto en la forma en que sea más cómoda para usted, sino en la forma que sea más efectiva para sus oyentes. Archive sus tarjetas de 15x10 de modo que tenga fácil acceso a su investigación original si usted quisiera revisar el sermón para ser usado de nuevo.

8. Predique su texto.

Predique sólo después de haber orado. Predique a Cristo. Predique la esperanza. Predique en tiempo presente. Predique buscando decisiones.

Y cuando el sermón haya terminado, que sus oyentes puedan decir de usted, como dijeron de Jesús, "¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?" (Luc. 24:32).

-
1. Andrew W. Blackwood, *Expository Preaching for Today* (New York: Abingdon-Cokesbury Press, 1953), pág. 13.
 2. Campbell Morgan, *The Ministry of the Word* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1970 reprint), pág. 235.
 3. Merrill F. Unger, *Principles of Expository Preaching* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Pub. House, 1955), pág. 11.
 4. I. H. Evans, *The Preacher and his Preaching* (Takoma Park, MD.: Review and Herald Pub. Assn., 1938), pág. 82.
 5. Henry Ward Beecher, *Yale Lectures on Preaching* (New York: J.B. Ford and Co., 1872), pág. 41.
 6. John Henry Jowett, *The Preacher, His Life and Work* (New York: George H. Doran Co., 1912), pág. 133.

Rex D. Edwards

EL ARTE DE LA PREDICACION EXPOSITIVA CONSISTE EN PROCLAMAR LA PALABRA DE DIOS



El número de julio de 1928 de la revista *Harper's* traía un artículo escrito por Harry Emerson Fosdick en el cual criticaba la predicación expositiva como fuera de época e indeseable. Fosdick decía que

la predicación expositiva, en vez de referirse a la vida de gente de la antigüedad, debería considerar temas de actualidad. ¡No tenemos ningún problema para concordar con el cáustico comentario de Fosdick de que la gente rara vez viene a la iglesia realmente interesada en saber lo que les ocurrió a los antiguos jebusitas! Uno todavía escucha objeciones de ministros y ocasionalmente de congregaciones en el sentido de que la predicación expositiva tiene poco lugar en el púlpito de los noventas. Examinemos estas objeciones, definamos la predicación expositiva y revisemos la preparación y las ventajas implicadas en este campo de la homilética.

Objeciones a la predicación expositiva

1. *Los sermones expositivos son aburridos y poco interesantes.* Esta crítica sería válida sólo en el caso de que fuese una falsificación de la predicación expositiva, en la cual la esencia homilética se extrae de cada palabra y frase de un largo pasaje, y luego éste se sazona con una salpicadura de exhortaciones trivialés. No maravilla, pues, que muchos estén en contra de esta impostura de la predicación bíblica.

2. *La predicación expositiva es anticuada, doctrinaria y desconectada de la realidad.* La sociedad está plagada de una multitud de problemas que desconciertan a quien demanda respuestas relevantes, mientras que la Biblia está vestida de las formas del lenguaje y los pensamientos de la antigüedad. Los críticos de la predicación expositiva arguyen que

los pueblos y lugares de la antigüedad no pueden hablar a nuestros problemas como lo hace la ciencia moderna, particularmente las ciencias del espíritu que se relacionan con la mente, las emociones y el comportamiento colectivo.

Y sin embargo, la Biblia es un libro de vida; creció a partir de la vida y habla a la vida. Se relaciona con la triste realidad de la impiedad y el fracaso, la tristeza y la muerte humanos, pero también nos confronta con la realidad de la redención, la posibilidad del perdón, y la seguridad de la vida eterna en Cristo. El expositor efectivo saca la Palabra de Dios del pasado y deja que ella hable a la vida contemporánea.

3. *La predicación expositiva requiere tiempo y preparación, recursos de los cuales carece el promedio de los ministros.* Muchos pastores, envueltos por la rutina de las actividades semanales y las demandas de la congregación, se sienten como ratas atrapadas en el sinfín de una tienda de mascotas. Los sermones de asunto o tópico son más fáciles y requieren menos tiempo para prepararlos que los sermones expositivos, los cuales exigen horas de intenso trabajo. Pero es posible que los miembros tengan muy en cuenta las horas de estudio de su pastor, pues saben que él tiene un tiempo específicamente puesto aparte para este propósito y escuchan sermones que llevan el fruto de tal investigación.

Definición de la predicación expositiva

¿Qué es, entonces, la predicación expositiva? Según Jeff Ray, la predicación expositiva "es la explicación detallada, la ampliación lógica y la aplicación práctica de un pasaje de la Escritura".¹ Blackwood define la predicación expositiva como "la interpretación de la vida actual, a la luz de la Palabra de Dios, es decir, a través de la Biblia".² De modo semejante, H. E. Knott sugiere que "el sermón expo-

sitivo es un esfuerzo para explicar, ilustrar y aplicar la Escritura a la vida... Su propósito es ayudar a los oyentes a encontrar en los Escritos Sagrados el verdadero significado de la vida".³

Donald Miller da una definición más amplia. El dice que toda predicación genuina es expositiva, puesto que declara y divulga la verdad divina, la sustancia de la predicación extraída de la Biblia. Por tanto, "la predicación expositiva es un acto mediante el cual la verdad viviente de alguna porción de la Santa Escritura, comprendida a la luz de un estudio exegético e histórico sólido y convertido en una vívida realidad para el predicador por el Espíritu Santo, llega viva al oyente mientras es confrontado por Dios en Cristo a través del Espíritu Santo en juicio y redención".⁴ Para Miller, el contenido de un sermón es mucho más importante que su forma homilética. Una definición aguda clasificará como expositivo cada sermón—sea doctrinal, ético, evangelístico, o situacional—, siendo que su enfoque se funda en las Escrituras y arroja luz bíblica sobre la realidad contemporánea.⁵

¿Cuál es la diferencia entre un sermón textual y el expositivo? En el sermón textual, el texto—por lo general un versículo—provee el tema de la división principal del mensaje. Puede seguir sus divisiones naturales que podrían consistir en inferencias sacadas del texto, o basadas en una gran verdad implícita en el texto. Cuando las divisiones del sermón se derivan parcialmente del texto y parcialmente del tema, tenemos un sermón textual-temático. Un sermón expositivo, por otra parte, se basa en un pasaje o unidad de la Escritura, y el tema con sus respectivas divisiones, así como el desarrollo, se desprenden de ese pasaje. El expositor está interesado en que la verdad bíblica sea transmitida como el escritor sagrado la declaró.

Por ejemplo, ¿cuál fue el mensaje dado por Isaías o Pablo o Juan y qué nos dice a nosotros hoy? La unidad de la Escritura utilizada puede ser un versículo o varios versículos, un capítulo, y en ocasiones un libro entero. En cada caso, el expositor trata de identificar la verdad revelada y aplicarla a las necesidades de la vida actual. La predicación expositiva sigue el "principio contextual" enfatizado por G. Campbell Morgan. Es un correctivo excelente para la predicación tipo "textos-prueba" en la cual el predicador separa un versículo o pasaje y le imprime su propio pensamiento. Otras formas de predicación (temática, textual) pueden contener elementos de

exposición y deberían encarnar, ilustrar y aplicar la verdad bíblica. El sermón expositivo debe contener estos elementos; de otra manera, no sería expositivo.

Preparación del sermón expositivo

La predicación expositiva involucra dos tipos de preparación: la del predicador y la del mensaje. Para Jeff Ray, el predicador expositivo de la Palabra debe ser una persona profundamente religiosa, dotada de una viva imaginación y honestidad intelectual.⁶ Si predicación es "comunicación de la verdad a través de la personalidad", entonces la primera tarea debe ser la formación de un mensajero de Dios que maneje correctamente la Palabra de verdad. Sin embargo, en este artículo nuestro interés se centra en la preparación del mensaje.

El sermón expositivo, a semejanza de otras formas de predicación, comprende el tema, el texto bíblico, la introducción, el desarrollo, la conclusión, la explicación, la ilustración y la aplicación. ¡Como en el caso de la señora Welsh y su receta para pastel de faisán, mucho depende de la captura del faisán! Debe haber una idea y un pasaje de la Escritura antes de que se pueda elaborar un sermón.

El expositor debe dar, por lo menos, cinco pasos:

1. *Selección.* Este es el prelude de la preparación. Es posible que el predicador desee dar una serie de mensajes sobre los grandes textos de la Biblia, expuestos a la luz del contexto inmediato (el párrafo o capítulo) o el contexto mediato (el libro y su pensamiento o propósito principal). Esto involucraría los textos notables de la Biblia que lo han impresionado—no la consabida "floja ayuda" sermónica. Podría haber una exposición continuada del mismo libro en particular. Si se tiene planeado dar un ciclo de sermones éste debería ser flexible, cuando menos lo suficiente como para permitir interrupciones producidas por eventos especiales dentro del año eclesiástico. En cualquier caso, el pasaje le da al predicador un tema para desarrollar.

2. *Exégesis.* El sermón expositivo descansa sobre una exégesis completa del pasaje. Esto implica un estudio "microscópico" del texto, un análisis cuidadoso de las palabras y frases para determinar su significado en el marco bíblico. Con la ayuda de un diccionario terminológico, un comentario y un diccionario bíblico, el expositor puede extraer el mineral del más alto valor. Un conocimiento de las

lenguas antiguas es también una tremenda ventaja, y sin embargo, un predicador puede hacer un excelente trabajo sin una pala griega o una espada hebreas.

La exégesis es una parte interesante en la preparación del sermón, pero lo que puede fascinar al predicador puede no tener sentido para la congregación. Ningún expositor, que tenga un poquito de sabiduría, hará un despliegue de sus habilidades exegéticas en el púlpito. Lo que la gente necesita es una palabra de parte de Dios, no una serie de estudios de palabras. ¡La gente hambrienta desea buena comida, no un cúmulo de palabras acerca del arte culinario!

La exposición descansa sobre una exégesis cuidadosa. Un exégeta es el buzo que extrae perlas del lecho oceánico; un expositor es el joyero que las engarza dentro de una relación apropiada unas con otras.⁷

3. *Interpretación.* El expositor se concentra en la pregunta "¿qué dice la Biblia?" El objetivo es presentar una fiel interpretación del pensamiento del escritor sagrado, considerando la historia, las costumbres y el marco religioso y mental de esa época. Prescindiendo de alegorías, tipologías y otras formas indignas de interpretación, el expositor busca la verdadera comprensión del pasaje. Un tratamiento superficial del mismo corre el riesgo de adjudicarle significados antinaturales. Si nuestra responsabilidad principal es "predicar la Palabra", nuestro blanco en la preparación del sermón será, con seguridad, descubrir lo que es esa palabra y discernir su relevancia para nuestra congregación.

4. *Organización.* El sermón expositivo debe mostrar unidad y desarrollo. No es un comentario rastro de los versículos sucesivos de un pasaje, alentando una secuencia interminable y aburriendo al auditorio con detalles innecesarios.

La unidad se logra parcialmente merced a la selección de un tema que refleje el tema del pasaje mismo. Las divisiones del sermón se desarrollan a partir del tema y, consecuentemente, son derivadas del texto escriturístico. Es perfectamente permisible, en aras del interés del orden lógico, volver a arreglar las ideas encontradas en el texto. Arreglarlas en un nuevo orden no destruirá su significado esencial, y sí más bien ayudará al dinamismo del sermón que conducirá al clímax. La verdadera exposición construye la estructura del sermón a partir de los materiales bíblicos que tiene a mano. Sin embargo, con

frecuencia, algunos de los materiales reunidos tienen que ser descartados. Un predicador debe aprender el arte de omitir si el sermón ha de proyectarse hacia adelante suavemente, mostrar unidad y mantenerse dentro del límite de tiempo apropiado. Habrá oportunidad en el futuro para usar las ideas descartadas. Porque, como un miembro con mucho discernimiento le recordó a su pastor, "¡nosotros queremos que usted nos predique todo el evangelio, pero no en un solo sermón!"

A veces alguna palabra o frase dentro del texto o pasaje pueden ayudar al desarrollo del sermón. Por ejemplo, el Salmo 51 es una de las piezas literarias más penitenciales que existe, que transmite el deseo de David de recibir el perdón y la restauración divinas para vivir una vida moral útil. Una palabra salta inmediatamente ante el lector juicioso. La palabra "espíritu". Esto sugiere un posible tema: "El espíritu de una persona purificada". La introducción podría poner el marco del salmo. Tres usos de la palabra "espíritu" nos dan las divisiones del sermón: El espíritu penitente (vers. 17), el espíritu firme (vers. 10) y el espíritu dispuesto (vers. 12, 13). La conclusión podría subrayar la posibilidad de perdón y renovación moral de cualquier persona que ha perdido el gozo de la salvación. Obviamente, no podría usarse todo el salmo, pero el tema esencial puede preservarse.

5. *Aplicación.* Para que la verdad bíblica sea clara debe haber una explicación de ella; para hacerla relevante, debe haber una aplicación. Como toda buena predicación, los sermones expositivos deben tener un objetivo específico. ¿Para qué predicar si no hay un propósito definido? El objetivo de la predicación no es sólo dar información, no meramente convencer el intelecto... Las palabras del ministro deberían llegar a los corazones de los oyentes.⁸ Deseamos ver cambios en la vida de la gente. A veces un predicador comenzará mencionando una necesidad del momento y luego relacionar la verdad bíblica con ella. Otras, enunciará los principios encontrados en el pasaje, luego hará aplicaciones apropiadas ya sea durante su predicación o al llegar a la conclusión. De cualquier modo, el predicador arrojará luz de la revelación divina sobre las necesidades humanas y presentará los recursos de la gracia suficiente para todas ellas. Tales sermones presentan la relación vital entre el pasaje y la vida real. Aunque el marco del texto es la antigüedad, la palabra viviente habla hoy y a

través de él a las necesidades personales.

Cualquiera que se haya relacionado con la naturaleza humana apreciará la sabiduría de hacer aplicaciones específicas en la predicación. El sermón efectivo es específico y directo: "Tú eres aquel hombre", "haz esto y vivirás". Aunque el asunto de la convicción y la confrontación corresponden al Espíritu Santo, el predicador es el heraldo que proclama el evangelio, que toca cada rincón de la vida humana, trayendo paz y esperanza.

Ventajas de la predicación expositiva

La predicación expositiva tiene impresionantes antecedentes históricos que demuestran sus ventajas. Esto lo podemos ver, ya en Esdras logrando que la congregación de los repatriados del exilio comprendiera las palabras de la ley (véase Neh. 8:8); Jesús exponiendo un pasaje de Isaías (véase Luc. 4:6-21); Pedro en Pentecostés interpretando los hechos de Dios; Pablo revelando los propósitos de Dios en Cristo mediante referencias del Antiguo Testamento; el escritor de Hebreos exponiendo su conocimiento del evangelio; o los gigantes de la iglesia desde Agustín y Crisóstomo hasta Lutero, Calvino, Knox, Alexander Maclaren, G. Campbell Morgan, y John A. Broadus, usando con efectividad este tipo de predicación. El uso histórico alienta la exposición de las Escrituras en la actualidad.

Una clara ventaja de la predicación expositiva es que magnifica la Biblia, comunicando así la inspirada y autorizada Palabra de Dios. Más aún, las personas que se sientan a los pies de tales predicadores reciben ayuda para pensar y vivir según los postulados de la Palabra de Dios. Tanto el pastor como la congregación logran desarrollar su comprensión de lo que Charles R. Brown ha llamado "el punto de vista escriturístico", con relación a la gran doctrina de nuestra fe.⁹ Ellos ven el panorama completo de la verdad divina más que los pequeños segmentos encontrados en textos aislados.

La predicación expositiva añade también profundidad y comprensión a la predicación. El predicador puede manejar, a partir de la Escritura, los asuntos éticos controvertidos, desafiar las actitudes anticristianas y los puntos de vista erróneos, y alentar a la gente a vivir moralmente. ¿No hay una clara com-

prensión de la Palabra que pueda derramarse sobre los perturbadores problemas de la desintegración familiar, los problemas raciales, el alcoholismo, la tiranía en la vida política y los conflictos obrero-patronales? ¿No hay ayuda para los problemas morales? ¿No hay orientación para los dilemas éticos?

John MacArthur, hijo, resume lo concerniente a la predicación expositiva en esta atractiva invitación: "Para aquellos de vosotros que queréis predicar la Palabra con exactitud y poder, porque comprendéis la imposibilidad de hacer cualquier otra cosa; para aquellos de vosotros que deseáis hacerle frente al Juez en el día de ajuste final de cuentas, y experimentar el beneplácito del Señor respecto de vosotros; para aquellos de vosotros que estáis ansiosos de permitir que Dios hable su Palabra a través de vosotros, directa y poderosamente como os la dio; y para aquellos de vosotros que anheláis ver a la gente radicalmente transformada y viviendo vidas piadosas, sólo hay una predicación: la expositiva".¹⁰

En una época cuando los predicadores batallan para decir algo *nuevo*, necesitamos la fiel proclamación de la Palabra que es *eternamente verdadera*.

1. Jeff Ray, *Expository Preaching* (Grand Rapids: Zondervan Pub. House, 1940), pág. 11.

2. Andrew W. Blackwood, *Expository Preaching for Today* (Nashville, Tenn.: Abingdon Cokesbury Press, 1953), pág. 13.

3. H. E. Knott, *How to Prepare an Expository Sermon* (Cincinnati: Standard Pub. Co., 1930), pág. 11.

4. Donald Miller, *The Way to Biblical Preaching* (Nashville, Tenn.: Abingdon Press, 1957), pág. 17.

5. *Id.*, págs. 26ff.

6. Ray, págs. 37-42.

7. *Id.*, pág. 72.

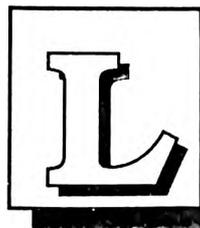
8. Elena G. de White, *Testimonios para los ministros* (Boise, Idaho: Pacific Press Pub. Assn., 1962), pág. 62.7

9. Charles R. Brown, *The Art of Preaching* (New York: McMillan Co., 1942), pág. 44.

10. John MacArthur, Jr. *Rediscovering Expository Preaching* (Irving, Tex.: Word, Inc., 1992), p. xvii.

EN SUS MANOS

La predicación debe traer al pecador ante el Salvador



La preparación del sermón requiere atención tanto del macro como del micro, de lo universal y lo particular. A veces necesitaremos presentar el panorama completo del plan de salvación, pintándolo con una brocha gorda. Otras, habremos de centrarnos sólo en los detalles.

Usemos Apocalipsis capítulo 5 como modelo para preparar un sermón. Nos da el cuadro más amplio: el telón de fondo completo. El marco es un escenario celestial sobre el cual se representa el drama de los siglos, el plan completo de la salvación. Los versículos 1-5 constituyen nuestro texto clave y deberían leerse tan claramente como sea posible mientras el predicador se adentra en su mensaje.

Preparación

Yo uso OVTeBo¹ El acrónimo describe un procedimiento, paso a paso, de cómo adentrarse en el pasaje. (Los 4 pasos están enumerados.)

1. *Observación.* Lea el pasaje una y otra vez, en todas las versiones posibles, y en griego o hebreo si conoce esas lenguas. Como predicador, debe rumiar, diríamos, el pasaje, darle vuelta en su mente. Escríbalo a mano, inspírese en él. ¿Qué palabras se le antojan significativas? Haga un estudio minucioso de ellas. La estructura sintáctica puede darle alguna pista. ¿Qué género literario tenemos aquí? El pasaje sugiere toda clase de imágenes. Imagine, imagine. Visualice, visualice.

Una palabra captura realmente mi atención: "trono". ¿Qué significa esa palabra? ¿Qué asociaciones trae a mi mente? Dominio, soberanía, el gobierno de Dios, el desafío satánico a ese trono.

2. *Verdad.* En un pasaje como Apocalipsis 5 hay ciertas grandes verdades del evangelio, verdades acerca de Jesucristo verdaderamente notables.

Haga una lista de ellas. La verdad no consiste solamente en hechos, sino en realidades que tienen su lugar en el marco del evangelio. Dios, su autoridad y poder; Jesús, su relación con el Padre, la Deidad. El Espíritu Santo, "enviado por toda la tierra". El ministerio de los ángeles. El plan de salvación.

Extraer una lista de verdades constituye uno de los pasos más duros para mí en la preparación de un sermón. Requerirá bastante trabajo para arrancarle su secreto.

3. *Tema.* Vea lo que el profeta trata de decir. Considere la esencia de su tesis, el pensamiento central. En nuestro pasaje el tema es la salvación, por supuesto. Pero, ¿podemos hacerlo un poco más específico? ¿Cómo sonaría el oficio y el ministerio: la misión de Cristo como Cordero? Si es así, deténgase entonces un tiempo para considerar su función como Sustituto y Garantía.

4. *Bosquejo.* El sermón no es una producción literaria. Anote palabras y frases claves, encabezados, cualquier cosa que lo ayude a avanzar, que ayude al predicador a asirse bien del mensaje. Estamos desarrollando un sermón, no escribiendo un artículo. Esta es la palabra hablada, y debemos tener a la gente en mente en cada paso, tanto como la forma en que podemos hacerles llegar la Palabra. "Me gustaría hablarles hoy acerca de ...". Estamos pensando en estas queridas y amadas personas; ellas están en nuestra mente y en nuestro corazón. Anhelamos compartir; deseamos contribuir; queremos hablarles acerca de Jesús, nuestro mejor Amigo. Este tipo de pensamiento mantiene al predicador concentrado y en contacto con la gente real. Libra al sermón de ser una conferencia, una fría presentación de hechos. "Cuando se deleite en la Palabra de Dios, a causa de la preciosa luz que usted obtiene de ella, preséntela a otros para que se regocijen también con usted. Pero que su comunicación sea libre y de corazón".²

La predicación

"Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aún mirarlo. Y lloraba yo mucho, porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo. Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos" (Apoc. 5:1-5).

Introducción

Imagine la escena: una sala con paneles, un enorme escritorio de caoba, credenza, librero, varios sillones tapizados de fino cuero. Un caballero de aspecto serio está sentado detrás de él con algunos documentos en la mano. Otras tres personas están en la sala cuya edad gira alrededor de los cuarenta años: un hombre y dos mujeres. Parecen nerviosos y ansiosos. Las mujeres sostienen sus pañuelos, el hombre se ajusta la corbata. Todos miran con atención hacia la puerta. De pronto, como si fuera una señal, se dicen los unos a los otros, con voces llenas de intensidad, y sin embargo subyugadas, por un involuntario nerviosismo: "¿Dónde está Bill? El conoce los términos del testamento de papá. Nadie puede abrir el testamento excepto Bill. ¿Qué lo retrasará?" Usted comienza a darse cuenta que se encuentra en la oficina de un abogado. El documento que el hombre que está sentado detrás del escritorio tiene en sus manos es un testamento. Ha llegado el momento de abrirlo, pero el papá dejó establecido que sólo el hijo mayor, Bill, puede hacerlo. La tensión empieza a apoderarse de ellos; apenas si pueden controlarse. Todos están pensando lo mismo. (¿Qué otra cosa podían hacer?): "¿Y si Bill no viene?" "¿Si Bill no se presenta, tendremos que regresarnos sin nada?"

Hay otra escena. Ahora es celestial. Juan ya ha entrado por una puerta "abierta en el cielo" (Apoc. 4:1). Es quien describe la escena. Esto es lo que significa ser un profeta auténtico: un vidente, un periodista privilegiado. De vez en cuando es admitido en una reunión de Gabinete. Ve, oye, y nos informa. "Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas" (Amós 3:7). Por supuesto, todo tiene su límite. Nin-

gún ser humano puede participar de todos los secretos que se manejan en los concilios celestiales. Pero lo que se le permite ver y oír a Juan es una información vital: la suficiente como para darnos una idea en cuanto a los planes y propósitos de Dios. "El que tiene oído, oiga" (Apoc. 3:22).

El libro misterioso

Esta es la sala del trono: el centro de control del universo. "Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos" (Apoc. 5:1). Un trono, símbolo de dominio y soberanía. Aquí es donde se toman las grandes decisiones. Desde ese trono gobierna por decreto el Admirable —un *fiat* administrativo, si usted gusta. Juan ve al Admirable sentado en su trono. El profeta es todo ojos y oídos y expectativa. Siente que algo decisivo está ocurriendo. Un drama cósmico de primera magnitud está a punto de revelarse ante sus ojos. Su atención es atraída poderosamente hacia un libro misterioso que el Todopoderoso sostiene en su poderosa mano derecha: un libro "escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos".

En el Imperio Romano de los días de Juan documentos sellados con siete sellos como éste sería, casi con seguridad, un testamento o, un instrumento de mandato legal, un hecho fiduciario. Los libros antiguos eran realmente rollos. En el marco celestial es un libro del destino, el documento vital de toda la creación. Dicho libro contiene el secreto de Dios. Su plan, del cual Pablo dice que ha sido guardado en secreto desde "edades eternas". El libro está escrito por dentro y por fuera, por detrás y por delante. Una base de datos celestial. Contiene toda la información necesaria para llevar a cabo el plan de redención. Todo está allí. Juan percibe que la apertura de este libro significa salvación. Si permanece sellado, todo está perdido. Pero el libro está en la mano derecha del Admirable, y está sellado.

El desafío. De pronto un poderoso ángel, como si hubiera leído la mente de Juan, lanza un desafío. "¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?" (vers. 2). Ahora podemos ver que el profeta es movido por algo mucho más importante que una simple curiosidad. Todo está en juego: el futuro de la humanidad, el futuro del planeta, la seguridad del universo. Espera que alguien se adelante; pero nada ocurre, no hay movimiento, sólo un silencio mortal.

Nadie se ofrece como voluntario para aceptar el desafío. "Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo" (vers. 3). El profeta llora mucho y amargamente. Incontrolables sollozos sacuden su cuerpo. Sus lágrimas son por Dios y por la humanidad. Por Dios, porque él ha sufrido un dolor incomprensible desde que el pecado invadió el cosmos. Por la humanidad, porque ella nada puede contra el despiadado enemigo. La situación demanda la intervención definitiva de un poderoso libertador, un mediador. ¿Hay alguno que nos pueda ayudar, que pueda ponerse frente al portillo?

Aquel que tiene mi destino en sus manos es quien tomó mi carne, quien plantó su tienda junto a la mía. El caminó en mis zapatos. Experimentó la condición humana en toda plenitud. Sólo él puede juzgarnos totalmente.

Se ha encontrado a alguien

El plan no puede ejecutarse sin un agente que

tenga autoridad y dignidad. Este debe representar a la humanidad. "Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos" (1 Cor. 15:21). Aquí está el dilema: el rollo se encuentra en las manos de Aquel que está sentado sobre el trono, el Todopoderoso. ¿Quién, entonces, sería capaz de realizar esta obra? ¿Quién podría tomar el libro de su mano? Pero hay esperanza. Uno de los ancianos del tribunal celestial le dice al profeta que no llore, porque "he aquí que el león de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos" (vers. 5). Jesús es el embajador plenipotenciario de Dios. Todo el poder está en sus manos. El comparte el trono universal con su Padre. El es capaz, como ser humano —el Hijo del Hombre— de tomar el libro.

No es necesario que lo arrebate de la mano del Padre. El Padre lo ha preparado para esta tarea. Por su nombramiento como Mediador ante el Trono, está revestido de humanidad. El Padre se ha agradado de él. El drama se representa para nuestro beneficio. El cielo ya está al tanto del escenario divino. Es nuestro privilegio quedar atrapados por la escena, sentir el temor, el pavor y la aprensión. Sí, llorar con el profeta hasta que encontremos al que compró nuestra salvación a gran precio, por medio del sufrimiento, la muerte y su sangre derramada. No habremos aprendido nada del drama hasta que llegemos a pesar el costo.

La historia de la salvación está relacionada con un estado de perdición. Nosotros perdimos la propiedad. Un anciano me llamó junto a su cama. "Por favor", "ayúdeme a salvar mi propiedad de mis irresponsables hijos. Yo sé que después de mi muerte perderán todo aquello por lo cual he trabajado tanto y mi viuda será dejada sin nada". Era triste escuchar aquello, pero yo no podía hacer nada. Como se temía que aquellos muchachos hicieran, así nuestros primeros padres perdieron los bienes.

Cierto personaje de Las Vegas vino a escuchar a un evangelista. El predicador habló acerca de la forma en que Adán cayó. Todo le pareció tan nuevo y extraño. Pero cuando las mujeres de su cabaret le preguntaron de qué había hablado el predicador, él lo expresó en su lenguaje pintoresco y mundano. "Dios le dio a ese sujeto Adán un verdadero manojo de billetes, y él lo echó todo a volar". La vida, el dominio sobre la naturaleza, el hermoso hogar en el jardín, una perfecta relación con su Creador. Todo

perdido. La creación misma estaba sujeta a la decadencia y la muerte. Las tinieblas, como un manto mortal, se asentaron sobre el planeta. Nuestra condición perdida es una de las inescapables realidades de la vida. Es una dura realidad. Billy Graham dijo una vez: "O el hombre comenzó en la nada y está buscando a dónde ir, o comenzó en algún lugar y ha perdido el camino".

Ahora surge la gran pregunta. ¿Quién puede comprarlo de nuevo? ¿Quién cuenta con los recursos para lograr la recuperación de los bienes perdidos? La respuesta: "El león de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos" (vers. 5). Su misma persona es una perfecta unidad de poder y amor. El es el León: regio, poderoso, infunde respeto. Es también el Cordero: el Siervo sufriente de Dios, quien se dio a sí mismo por los pecados del mundo. Jesús es el único calificado para aceptar el desafío en todo el sentido de la palabra.

Lo vemos claramente ahora. El libro es, en primer lugar, un tratado sobre la redención, la divina estrategia contra el pecado, el plan divino para la recuperación de los bienes perdidos. Todo lo que Adán perdió será recuperado por nuestro pariente celestial. Desde antiguo, en los tiempos del Antiguo Testamento, surgió la figura del *goel*, o pariente-redentor. La idea comprende venganza así como salvación. En el libro de Rut, Booz es el pariente cercano, quien restaura la fortuna de la familia de Elimelech. En aquellos días redención significaba desatar, libentar de. El *goel* tenía que ser una persona fuerte y hábil para poder recuperar los bienes perdidos. El *goel*, bajo la antigua ley, tenía derechos y responsabilidades. Siempre que un israelita caía en la esclavitud, el *goel* tenía la responsabilidad de rescatarlo. Por eso Abrahán se vio compelido a rescatar a Lot de los cinco reyes que lo habían tomado prisionero. Era una cuestión de honor. Se requería fortaleza y determinación para hacerlo.

Jesús, nuestro hermano mayor, pariente cercano (asumió nuestra humanidad), tomó nuestro caso en sus manos como si fuera un asunto personal. ¡Cuán increíble es el plan secreto de Dios! Envía a su Hijo al campamento enemigo como un bebé aparentemente indefenso. Pero este niño es Dios encarnado. Es la divinidad revestida de humanidad. El planeta que viene a visitar es obra de su creación. Tiene la voluntad y el poder suficientes para efectuar nuestra salvación. Arrebata la presa de las garras del ene-

migo. "Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Col. 2:15). Su propósito es restaurarnos a nuestro hogar edénico. Sus credenciales son impecables. Es igual en dignidad, poder y autoridad al Uno que se sienta sobre el trono. Y lo que es más, es el dador de la vida. ¡Es digno en todos los sentidos de la palabra!

"Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel fuerte que pregonaba a gran voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aún mirarlo..."

"Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra" (vers. 6). Es como Cordero inmolado que Jesús se convierte en Ejecutor de la voluntad de su Padre: perfecto en poder (siete cuernos), perfecto en sabiduría (siete ojos). No debemos pensar en su omnipotencia como el poder de una fuerza ilimitada. Es el poder incoquitable del amor.

El profeta es todo ojos y oídos y expectación. Siente que algo decisivo está ocurriendo. Un drama cósmico de primera magnitud está a punto de revelarse ante sus ojos.

Convenía que el Padre diera especial honor y reconocimiento al Hijo. En los concilios eternos se tomó el acuerdo de que la segunda Persona de la Deidad viniera en forma humana y ejecutara el plan. La tierra fue su destino, su proyecto especial. Es como si la Deidad hubiera hecho el pacto de que el Hijo la recuperara, sin importar el costo. Al tomar el libro, se comprometió totalmente a cumplir su responsabilidad redentora de pariente cercano hasta sus últimas consecuencias. Cristo no ascendió a la mano derecha de Dios y, como un predicador lo

expresa, se retiró para escribir sus memorias. El todavía está activo en el negocio de la salvación. "Viviendo siempre para interceder por ellos" (Heb. 7:25). El resultado final a que se aspira es un universo en perfecta paz: su pueblo como una comunidad reconciliada. El ha comenzado la buena obra, y él la terminará.

Todo está en sus manos. Su obra tuvo un principio, y pronto la culminará. No vino a divertirse cuando asumió la naturaleza humana para luego abandonarla cuando ascendió. El es nuestro para siempre. Repito de nuevo que, ciertamente, convenía al Padre que lo hiciera también Juez. "Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo... Y también le dio autoridad de hacer juicio por cuanto es el Hijo del Hombre" (Juan 5:22-27). Aquel que tiene mi destino en sus manos es quien tomó mi carne, quien plantó su tienda junto a la mía. El caminó en mis zapatos. Experimentó la condición humana en toda su plenitud. Sólo él puede juzgarnos totalmente. El Padre no nos puso en manos de un extraño que no sabe nada acerca de nuestras luchas. Que los pastores y los maestros, que las madres y los padres, y todo aquel que ha gustado de su salvación, sí, que todos los redimidos digan, "Cristo es nuestro Juez. Nuestro caso está en sus manos".

Elena G. de White lo expresó muy bien cuando dijo: "Porque gustó las mismas heces de la aflicción y tentación humanas, y comprende las debilidades y los pecados de los hombres; porque en nuestro favor resistió victoriosamente las tentaciones de Satanás y tratará justa y tiernamente con las almas por cuya salvación fue derramada su sangre: por todo esto, el Hijo del Hombre ha sido designado para ejecutar el juicio".³

El presidente estadounidense Clinton extendería el cuidado universal de la salud a cada ciudadano norteamericano, una cobertura que nunca pudiera anularse o quitarse. Loable y ambicioso. Los oponentes al plan dicen que escapa a la realidad. Incluso algunos de su propio partido dicen que es "demasiado costoso". Pero él tiene este sueño, y está empeñado en realizarlo. Hay muchos tramos por delante. Todo el asunto es extremadamente complejo. ¿Un sueño imposible? Nosotros no lo sabemos. El Cielo ha ofrecido a la raza humana una amnistía general. Cristo murió para extender la cobertura a cada hijo de Adán. Al enemigo le gustaría que fracasara el plan. A pesar de la oposición,

demoníaca y humana, el resultado deseado está asegurado. La salvación se ha llevado a cabo. Como dicen en el mundo de los negocios, es un trato hecho. Con él, la palabra y el hecho son lo mismo.

Misión cumplida

El drama todavía está en desarrollo. El Cordero todavía está en el centro como inmolado. Él es el Dios que está en medio. Toma su posición entre Dios y el hombre, siempre buscando atravesar la brecha, reconciliar al mundo con Dios. Está trabajando intensamente en el santuario celestial como nuestro misericordioso sumo sacerdote. Él nunca duerme. Tiene como único propósito llevar el drama a su absoluta conclusión. Su misión no estará terminada totalmente, sino cuando ponga fin al pecado. No se satisface con sólo perdonar el pecado y decretar la amnistía general. El pecado, esa cosa maldita, debe ser totalmente erradicado.

Y él no sólo toma el libro sino que rompe los sellos uno tras otro, hasta abrir el último. Cuando el séptimo sello sea abierto, un profundo silencio sobrecogerá la sala del trono, en realidad, a toda la creación. Ahora todo quedará completamente aclarado. El gran libro queda abierto. El drama ha terminado. En el esquema de los asuntos celestiales hay profecía, cumplimiento y consumación. Llegará el día cuando todas las profecías cesarán. Jesús declarará: "Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mat. 5:18). Eso es consumación.

La historia de la salvación no es una representación callejera que se repite continuamente en forma indefinida. No habrá eterna coexistencia entre el bien y el mal. El Cordero inmolado es Señor del

tiempo y de la historia, Señor de las esferas. Sus brazos no se han acortado de modo que no pueda salvar. Su capacidad para alcanzar y su capacidad de aprehender son iguales. Es lo suficientemente fuerte como para asirse del trono y al mismo tiempo abarcar el globo. La misión ha sido cumplida: Entrega el paraíso recobrado de nuevo al Padre que lo comisionó para llevar a cabo la gran misión. Eso es consumación.

La victoria suprema de Cristo, el Cordero inmolado, es el objetivo final de la historia. No extraña que todo el cielo se una en cantos de adoración y alabanza al "que está sentado en el trono, y al Cordero" (Apoc. 5:13).

Sí, Dios el Padre ha puesto todas las cosas en las fuertes manos de su Hijo. Ha puesto todas las cosas bajo su responsabilidad. Y ahora aquí está la gran pregunta: ¿Ha puesto usted su vida en las manos del Cordero? ¿Ha puesto su vida, completamente, en sus manos? Usted puede confiar en él. Sólo Jesús es digno de confianza.

1. Para un tratamiento completo de OTTO (OVTeBo en español), vea mi libro *Preaching to the Times* (Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1975).

2. Elena G. de White, *Counsels to Writers and Editors* (Nashville, Tenn.: Southern Pub. Assn., 1946), pág. 87.

3. _____ *El Deseado de todas las gentes* (Bogotá: Asociación Publicadora Interamericana, 1995), pág. 181.

"Debemos realizar nuestra obra con pureza y fidelidad aunque en el mundo no haya nadie para decirnos: 'Está bien hecho'. Nuestras vidas deben ser precisamente lo que Dios dispone que sean: fieles en buenas palabras, en acciones bondadosas y consideradas, en la manifestación de humildad, pureza y amor. En esta forma representaremos a Cristo ante el mundo..." (*El evangelismo*, pág. 457).

John M. Fowler

PEDRO, EL PREDICADOR

Si Pedro pudiese reflexionar en el camino que condujo a su primer sermón, ¿qué diría?

Nadie que me hubiera conocido de niño habría imaginado jamás que yo llegaría a ser un predicador. Por cierto, no tenía ni las cualidades ni la motivación para esa clase de trabajo. Crecí en el rudo vecindario de una aldea de pescadores. Y mi vida era tan ruda como las olas del Mar de Galilea. Yo me dedicaba a la pesca. Olía a pescado. Era tosco, desaliñado. Con frecuencia hablaba primero y pensaba después. Era dado a proteger mi posición. Nadie pensaría jamás que yo llegaría a ser un predicador.

Luego un día Jesús de Nazaret me encontró. Había algo en él, algo extraño en sus ojos. Cuando miraba, la suya no era una mirada ordinaria; era tan penetrante, casi quirúrgica diría yo, que iba directo al corazón. Eso debe de haberme ocurrido a mí cuando dijo: "¡Simón, sígueme!", enseguida dejé mis redes y lo seguí. Más tarde dije a mi esposa que en lo sucesivo sería pescador de hombres. Ella me miró seriamente, como si hubiera dicho que ella y los niños eran peces y no personas.

Incluso después de que llegué a ser su discípulo no estaba muy seguro de cómo cambiaría mi vida. Yo sentía una atracción particular hacia Jesús. Escuchaba sus enseñanzas, captaba cada una de las palabras que pronunciaba, observaba con asombro su compasión para con los pobres, su interés en los sufrientes, su ternura por los desperdigados escombros de la humanidad: la ira, la hipocresía y una implacable búsqueda de los pecadores. Sus milagros, sus parábolas, su vida, su amor, me impresionaron más allá de toda medida. Pero, ¿qué hizo que mis amigos y yo lo siguiéramos? ¿Fue la búsqueda del reino por causas totalmente ajenas al

egoísmo que él tuvo en mente? O ¿fue una búsqueda egoísta de la gloria del reino que nosotros teníamos en mente?

Yo no estaba tan seguro. La vida nos juega con frecuencia jugadas peligrosas y dudas. Yo no era ajeno a ello. Me bamboleaba de vez en cuando entre la supremacía del yo y la entrega del corazón; entre ser el actor principal, y ser un humilde siervo. En cierto momento confesé que Jesús era el Cristo de Dios; y en otro, cuando más me necesitaba, negué incluso que lo conocía. Caminé sobre las aguas, pero mi fe cedió a la duda, y el milagro estuvo a punto de convertirse en desastre de no haber mediado su gracia salvadora. El compartió conmigo el Getsemani: aquel crucial momento cuando el destino del universo estaba en la balanza, pero yo decidí dormir. Tuve valor de cortar una oreja, pero no supe cómo responder a la pregunta de una criada con respecto a Jesús. Vi la cruz. Entré corriendo en la tumba vacía. Yo era parte de ella.

Y sin embargo, ¿podría llegar alguna vez a ser un predicador del reino? Durante muchos días después de que él resucitó de los muertos se reunió conmigo y con mis amigos y habló con cada uno de nosotros. Justamente antes de que ascendiera a su Padre, nos dijo que esperaríamos, que esperaríamos hasta estar listos para ir a hacer "discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mat. 28:19, 20).

Y esperamos. Pero repentinamente, el día de Pentecostés, cuando estábamos todos reunidos en un lugar (Hech. 2:2), ocurrió. El Espíritu de Dios, "como... un viento recio que corría" (vers. 2) llenó la casa, y nos llenó a todos nosotros. Con la venida del Espíritu Santo, todo pareció aclararse. Todos los

años que habíamos pasado al lado de Jesús, todas nuestras preguntas, la cruz, la tumba abierta, tuvieron una explicación. Recuerdo que Jesús dijo una vez que "cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad" (Juan 16:13).

Esa fue la primera lección que tuve que aprender antes de llegar a ser un predicador. Sin el poder del Espíritu Santo ninguna predicación verdadera puede tener lugar. Es el poder del Espíritu quien me impulsó hacia el púlpito ese día y me ayudó a predicar mi primer sermón. Un predicador nace, no de la erudición, la elocuencia o la habilidad, sino del Espíritu. Un sermón es un milagro forjado por el Espíritu a través de los labios de arcilla.

El Dr. Lucas conservó un cuidadoso registro de mi primer sermón. Dice que yo me puse "de pie con los once" (Hech. 2:14) cuando comencé a predicar. Eso es cierto. La predicación evangélica no es un espectáculo presentado por una sola persona. No es entretenimiento. No es glorificación propia. La predicación es una ocasión cuando un representante del cuerpo de Cristo comparte las buenas nuevas del reino. Es posible compartir en nombre del reino, cuando se permanece unidos al pueblo del reino. La predicación fracasa cuando el cuerpo de Jesús se separa. Un predicador y el creyente comparten la plataforma común de la gracia de Dios y su comisión.

Mi sermón ese día no fue un incidente ordinario. Ningún sermón lo es. Toda mi vida parecía haberse estado preparando para él, aun cuando yo no había estado consciente de ello. El Espíritu Santo me capacitó para situar mi mensaje en la perspectiva y el contexto debidos. En primer lugar, la perspectiva de la Palabra de Dios. Prácticamente el cincuenta por ciento de mi sermón, como quedó registrado, está constituido por citas extraídas de la Biblia. Un sermón que no nace de la Palabra de Dios no logra que la Palabra viviente vivifique a la congregación. Sin la Palabra inspirada, ¿cómo podríamos hablar acerca de la Palabra encarnada? Un sermón debe comenzar con esa idea y estar firmemente arraigado en la Revelación divina. Es esa perspectiva bíblica, iluminada por el Espíritu Santo, la que nos mueve a conectar lo que está ocurriendo en ese día con la profecía de Joel: "Mas esto es lo dicho por el profeta" (vers. 16). La predicación debe poder unir el presente con el pasado y señalar al futuro. La vida de la gente en la actualidad debe reflejar la luz de las poderosas obras de Dios del pasado y sus

promesas para el futuro. Cuando esa conexión se establece, el ministerio adquiere una nueva dimensión: llegamos a ser simples herramientas usadas por el Espíritu Santo para cambiar nuestras propias vidas.

En segundo lugar, el Espíritu Santo nos capacita para predicar dentro del contexto de una urgencia escatológica. Yo estaba decidido a señalar que estábamos viviendo en los últimos días, y que no había tiempo para distraernos en vanidades. La predicación siempre conlleva tal urgencia escatológica. No que debamos proyectar una visión utópica o un escenario terrorífico, sino presentar el anticipo profético de que nuestra esperanza en el reino es real, y que nuestro Señor volverá para llevarnos a nuestro hogar. La predicación auténtica es predicación profética: no tanto predecir como decir, sin temor y con valentía, que eleva a Cristo, que conduce a la confesión de los pecados y a la transformación de las vidas. Joel (3:28-32) vino en mi ayuda y situé su énfasis en el tiempo del fin para afirmar que "todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo" (Hech. 2:17-21).

¿Captó usted otro importante punto homilético aquí? Aun cuando un sermón corrobore la dimensión escatológica de la vida cristiana, no debería evadir los problemas de la vida en el presente. Debería hablar de la vida redentiva aquí y ahora: porque debemos "invocar el nombre del Señor" y ser salvos.

¿Cuál fue mi sermón ese día? En una palabra, Jesús.

El Jesús humano

Jesús debe ser el centro decisivo de cada sermón. Usted puede hablar sobre doctrina, estilo de vida, ética, parábolas, milagros o sobre cualquier pasaje bíblico en particular. Como estilo de su sermón podría elegir la narración, la exposición, la exégesis o la historia. Puede reflexionar en las expresiones personales del salmista o la penetración profética de Jeremías o los truenos apocalípticos de Juan, pero el centro decisivo debe ser siempre Jesús: ensalzarlo, alabarlo a él y atraer a los oyentes hacia él. De otro modo, lo que usted diga no podrá ser realmente un sermón.

En el día de Pentecostés no quería que mis oyentes tuvieran la menor duda acerca de mi tema. No quería que ellos pensaran que éramos borrachos balbucientes. Llamé su atención a "este Jesús" (vers. 23, 32, 36). Tres veces usé esa frase, para

asegurarles que todavía no habían terminado con él. Es posible que pensaran haber quitado definitivamente a Jesús de en medio al crucificarlo en el Calvario, pero estaban equivocados. Jesús es un eterno perseguidor. El vive. Cada día encuentra individuos. Y quiere que hagan una decisión.

Un predicador nace, no de la erudición, la elocuencia o la habilidad, sino del Espíritu. Un sermón es un milagro forjado por el Espíritu a través de los labios de arcilla.

Para que el significado sea aún más claro, lo identifiqué como Jesús de Nazaret. La predicación cristiana debe permitir que el Jesús histórico confronte a la congregación, y ésta lo vea como una persona humana real. Este Jesús que adoramos y predicamos no es una figura mitológica. No es un héroe de la ficción, creado por un gigante literario o un fanático religioso. Jesús es un personaje histórico y real. El vivió en Nazaret, enseñó en Galilea, sufrió bajo Poncio Pilato y fue crucificado en Jerusalén. Caminó, habló, comió y sufrió con nosotros y fue tentado como lo somos nosotros. Jesús es real. Su divinidad es real. Su humanidad es real. Sin esa realidad de la que siempre debemos hablar, no hay cristianismo, no hay predicación cristiana. Jesús es Aquel a través del cual Dios penetró en nuestra esfera humana a fin de acabar de una vez por todas

con el problema del pecado. "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hech. 4:12).

Cuando hablamos de este Jesús, de su humanidad, su divinidad, hablamos de un gran misterio: nos colocamos en terreno sagrado. Incluso nosotros que lo vimos en carne y sangre y fuimos testigos presenciales de todo lo que era e hizo no podríamos comprender plenamente todo lo referente a él. El sigue siendo el eterno misterio de Dios. El es Dios.

El Jesús divino

Este segundo punto deseaba que mis oyentes comprendieran cabalmente. Jesús provenía de Nazaret. Nosotros lo sabíamos. Ellos también lo sabían. Pero él no era un hombre ordinario. Lo que era y lo que hizo estaba en el "determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios" (Hech. 2:23). La misión de Jesús no fue producto de un autodescubrimiento o autorrealización. A lo largo de la historia ha habido grandes dirigentes religiosos que, por iniciativa propia, asumieron un papel, merced al cual, trataron de guiar a sus seguidores hacia un gran Everest social y moral. Jesús no es de esa clase de líderes. No es un gran maestro de esa categoría. Jesús es Dios, incursionando en la historia, el espacio y el tiempo, para ejecutar el plan diseñado "desde el principio del mundo" (Apoc. 13:8). Como puede ver, los jerosolimitanos (gente de Jerusalén), incluyendo los sacerdotes y rabinos, fariseos y saduceos, si bien trataban con un hombre —un maestro intruso, un milagrero, una persona vertical, o un profeta anunciador de juicios cuya vida los confrontaba moral y decisivamente—, ellos vieron en la cruz la forma de quitarlo de en medio, y cuando lo hicieron se fueron a sus casas satisfechos pensando que el problema de Jesús estaba resuelto. Ellos habrían estado en lo cierto. Podrían haber estado en lo cierto pero, para mala fortuna suya, Jesús no era un hombre ordinario. El era Dios. "Este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo resucitó de los muertos". Yo clamé por encima de las ondas hertzianas de Jerusalén. La tumba no pudo retenerlo. El se levantó como un poderoso conquistador del pecado, de la muerte y de Satanás.

Un sermón debe de haber sido una buena prueba, ¿y en qué se fundaba mi aseveración? Yo tenía dos pruebas que ofrecer. Primera, yo volví a la Biblia. No hay fundamento sólido para ninguna pre-

dicación a menos que surja de la Palabra de Dios y recurra continuamente a ella. Para los judíos la cruz era un símbolo de vergüenza. Argüían que el colgado en un madero "es maldito por Dios" (Deut. 21:23), y por lo tanto, el Jesús crucificado no podía ser el Mesías. Pero yo quería que mis oyentes supieran que ellos habían permitido que sus conceptos errados dieran forma y limitaran a su Dios. Su autoengaño los había cegado, al grado de no poder percibir los propósitos divinos. Si tan sólo hubieran puesto a un lado los prejuicios y permitido que la Biblia fuera su única fuente de verdad, habrían sabido que la cruz no fue un accidente, estaba en el "determinado consejo (*boule*) de Dios" (Hech. 2:23). La cruz de Jesús es la *boule* de Dios, la irrevocable, la inexorable respuesta al problema del pecado. La palabra profética anunció no sólo la cruz, sino también la resurrección. Yo llamé la atención de ellos a los profetas que anunciaron a un Mesías que no sólo moriría, sino que también cuyo cuerpo no vería corrupción. Les referí a David, quien profetizó "la resurrección de Cristo" (vers. 25-31; véase Sal. 16:8-11).

Mientras la gente bebía esta interpretación del salmista, les di mi segunda prueba de que Jesús es Dios: Yo fui un testigo presencial. Dondequiera que predicara, tenía la ventaja de haber conocido personalmente a Jesús. Podía hablar acerca de mi suegra, de la alimentación de los cinco mil, del paralítico junto al estanque de Betesda, de los diez leprosos, de Lázaro, de mi propia traición, del beso de Judas, y por sobre todo, de la cruz. Podía hablar también de la resurrección. Fui el primer testigo de ella, aunque debo reconocer que la fe de María Magdalena fue la que me impulsó a correr hacia la tumba. Pero en eso consiste la belleza de ver a Jesús: el hecho, no el orden, es lo que importa. Sólo un testigo presencial puede hablar con autoridad, y el Espíritu Santo puede convencer a sus oyentes. Si usted no ha visto a Jesús, si no lo ha tocado, si no le ha hablado hoy, ¡ni se le ocurra predicar un sermón! Durante mi predicación, ni una sola vez dije "es posible...", "es razonable suponer...", o "tengo una corazonada...". ¡La proclamación no es un cúmulo de probabilidades; es compartir una certidumbre; es un testimonio de primera mano de lo que Dios hizo y puede hacer!

El Jesús viviente

Yo tenía otra importante verdad que transmitir en

mi sermón. El Jesús resucitado ascendió a los cielos de donde había venido. Una vez más me volví a la Biblia y dije que eso era lo que David había predicho: "Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Hech. 2:34, 35; véase Sal. 110:1). Mostré, según las Escrituras, cómo esta profecía se aplicaba a Jesús. Los habitantes de Jerusalén pensaron que se estaban deshaciendo de Jesús, al enterrar su cuerpo, su nombre y sus enseñanzas para siempre en una tumba sellada. Pilato incluso se había lavado las manos. Los sacerdotes volvieron a sus casas, con la seguridad de haber quitado de en medio a Aquel que tanto los había perturbado. El traidor Judas ni siquiera esperó para ver lo que iría a ocurrir. Pero este Jesús no es un hombre ordinario. Ninguna tumba podía silenciarlo. Ningún poder político podía hacerlo a un lado. Ninguna jerarquía religiosa podía anular el poder de su presencia. Y por lo tanto, ¿qué le ocurrió a Jesús?

El se levantó, subió al trono de su Padre y se sentó a su mano derecha, y puso a sus enemigos por estrado de sus pies. La profecía está llena de imágenes simbólicas, y los predicadores deberían ser cautos al interpretar dichos símbolos. Yo no tuve dificultades con ellos. Tampoco debería tenerlas usted. El enemigo de Jesús es Satán. El fue aplastado, derrotado y condenado en la cruz. Jesús llegó a ser el Vencedor definitivo en el gran conflicto cósmico entre el bien y el mal, y ha ocupado legítimamente la posición de poder y autoridad a la diestra del Padre.

¿Y ahora qué?

Estos, pienso yo, habrían sido los pensamientos que cruzaron por la mente de mi audiencia en Jerusalén. De modo que había llegado el momento de decirles acerca de Jesús: "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo" (Hech. 2:36).

Este fue un punto crítico en mi sermón. Los millares de personas que me escuchaban esa mañana habían venido de diferentes partes del Imperio Romano. Habían estado preocupados por dos factores durante toda su vida: una realidad presente y una esperanza futura. La realidad presente era que vivían bajo el dominio del César. César era el señor de su realidad diaria: señor venagativo y opresivo. La esperanza futura era la venida del Mesías, el Cristo. Yo sabía esto, y anhelaba

tocar sus emociones y temores más íntimos. Les dije que "este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo". El es vuestro Señor: amante, interesado, precioso Señor. El es vuestro Mesías. El es vuestra realidad presente. El es vuestra esperanza futura. Ese es Jesús".

Cuando usted presenta a Jesús en estos penetrantes términos, la respuesta es inevitable. Ellos se "compungieron de corazón" (vers. 37). Un sermón, arraigado en la Palabra inspirada, que testifica de la cruz y habla de la resurrección, y que además está dotado de poder del Espíritu Santo, no puede menos que conducir a los oyentes a preguntarse, "¿qué haremos?" Ningún sermón debería terminar sin que alguien haga esa pregunta. Predicar no es entretener. No es divulgar información. No es actuar como maestro de ceremonias en una reunión. Es hablar acerca de "este Jesús", es guiar a las personas a su cruz, mostrarles sus heridas, describirles su triunfo, ofracerles su esperanza, e invitarles a aceptarlo como su Señor y Salvador. Un sermón que no da a sus oyentes la oportunidad de responder al amor de Jesús refleja, o timidez o falta de confianza del predicador en la dirección del Espíritu Santo sobre las vidas y los eventos.

El punto no es condescender legalistamente con una rutina o con aquella doctrina, o la institución o estilo de vida del más allá. Ello podrá ser importante, pero yo quería que mi congregación comprendiera claramente el punto crucial del cual dependía su destino eterno: "¿Qué haré con este hombre Jesús?"

El Jesús eterno

Recuerdo claramente con qué ansias mis oyentes hicieron esa pregunta. Sólo unos días antes algunas

de esas mismas personas habían pedido a gritos su sangre. Habían clamado, "crucifícale, crucifícale". Ahora querían saber qué hacer con el Jesús resucitado. Un predicador nunca debe perder la esperanza y la confianza en el pueblo. Es probable que hoy alguien de su congregación rechace su palabra; pero es posible que mañana la esperanza deje que el Señor entre en el corazón. Hay poder en la sangre de Jesús para constreñir, convencer y transformar. Todo lo que tenemos que hacer es escuchar las palabras de Jesús: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Juan 12:32).

Eso es todo. Nosotros exaltamos a Jesús, y él hace el resto. En aquel día de Pentecostés, el Espíritu Santo me dio las palabras apropiadas para hacer mi llamamiento final: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare" (Hech. 2:38, 39).

Un sermón efectivo debe conducir al arrepentimiento, a un cambio de vida. Debería traer al pecador a las aguas del bautismo en el nombre de Jesús. Debería consolidar a los santos en la recepción del Espíritu Santo. Debería proclamar la universalidad del evangelio, tanto a los judíos como a los gentiles, a los que están cerca como a los que están "lejos", a todos los que claman al Señor.

¿Está usted sorprendido por los resultados que obtuvimos? ¡Un bautismo de tres mil personas el primer día de nuestra campaña evangelística en Jerusalén! Donde está presente la Palabra, donde está la predicación de la cruz y la resurrección, y donde está el Espíritu, el crecimiento de la iglesia se da por hecho. ¡Maranata!

Un sermón que no da a sus oyentes la oportunidad de responder al amor de Jesús, refleja timidez o falta de confianza del predicador en la dirección del Espíritu Santo sobre las vidas y los eventos.

PREDICAR CON PODER

Cómo aumentar el poder persuasivo de su predicación



Cómo puede usted darle más impacto, más fuerza, más potencia a su predicación? Le invito a considerar tres preguntas: 1. ¿Qué es la predicación persuasiva? 2. ¿Qué es un sermón? 3. ¿Cómo

puedo hacer que mi predicación sea una fuerza persuasiva en mi iglesia?

Quizá usted ya tenga las respuestas. Pero no saque conclusiones demasiado apresuradas. El éxito de su próximo sermón puede estar en juego.

¿Qué es predicación persuasiva?

La predicación, sea ésta evangelística o pastoral, por su naturaleza esencial, es comunicación persuasiva. La predicación persuasiva no es propaganda; su interés inherente está en la verdad (véase Juan 16:13; 8:32; 17:17). No es una conferencia con una sobrecarga de hechos, aunque abarca y utiliza la investigación académica. No es una reminiscencia personal, aunque abarca la experiencia personal del predicador. No es la impartición de buenos consejos, aunque no pasa por alto los grandes asuntos que tienen que ver con nuestro ser. No es entretenimiento, aunque debe ser interesante y atractiva. No es simple impartición de información, aunque un sermón basado en una buena investigación incluye la información pertinente.

La predicación persuasiva tiene como propósito convencer y mover al oyente a actuar con fe en el contexto de la revelación divina presente en las Escrituras y en la historia. Intenta derribar la resistencia o la indiferencia hacia el reino de Dios y la soberanía de Cristo. La predicación bíblica es la que intenta arrancar una decisión al oyente. En el Nuevo Testamento esta predicación modelo es evidente en los muchos usos del verbo *peitho* que significa "persuadir" o "convencer". Observe la forma en que este modelo revela la intención de la predicación y

la enseñanza apostólicas:

Hech. 13:43: "Pablo y a Bernabé, quienes hablandoles, les persuadían a que perseverasen en la gracia de Dios".

Hech. 18:4: "Y discutía en la sinagoga todos los días de reposo, y persuadía a judíos y a griegos".

Hech. 26:28: "Entonces Agripa dijo a Pablo: por poco me persuades a ser cristiano".

Hech. 28:23: Pablo declaró el evangelio "persuadiéndoles acerca de Jesús".

La predicación persuasiva comprende tanto elementos subjetivos como hechos objetivos. Siendo que es una comunicación holística, reconce tanto el proceso emotivo como el racional de los oyentes, combina tanto el análisis lógico como el fervor afectivo.

La predicación persuasiva hace más que informar a los oyentes: cautiva y convence a los oyentes. Los académicos (que hacen una gran contribución al ministerio de la predicación por medio de su investigación y sus escritos) rara vez llevan estas cargas como lo hace el pastor que se encamina hacia el púlpito semana tras semana. Considera las reflexiones de aquellos que han dedicado sus vidas a la predicación:

Charles W. Koller: "La predicación es ese procedimiento singular por medio del cual Dios, a través de su mensajero escogido, se acerca a la familia humana y pone a las personas cara a cara con ellas mismas".¹

H.M.S. Richards: "Predicar no es, primariamente, argüir, comentar, filosofar acerca de algo o engarzar el discurso con una hermosa tapicería de sonidos. Predicar es dar testimonio, decir algo que nosotros conocemos a la gente que anhela o debe conocer, o ambos".²

Carlyle B. Haynes: "La predicación es el poder divinamente ordenado del testimonio personal; es Cristo hablando a través de un mensajero designado, limpiado, comisionado".³

Henry Ward Beecher: "Predicar es el arte de llevar a los hombres de una vida degradada a otra más elevada".⁴

Phillips Brooks: "Predicar es la comunicación hablada de la verdad por el hombre a los hombres".⁵

A. W. Blackwood: "La predicación es la verdad divina expuesta por un personaje escogido para suplir las necesidades humanas".⁶

Richard Carl Hoefler: "La predicación es la proclamación del evangelio: anunciar las buenas nuevas de lo que Dios ha hecho, está haciendo y hará. No es hablar acerca de Dios, sino el instrumento, en cada generación, por medio del cual Dios habla al pueblo. La predicación no es una persona que revela a Dios y la verdad acerca de él. Es Dios revelándose a sí mismo a través de un testigo elegido".⁷

David Butrick: "Nuestra predicación, comisionada por la resurrección, es una continuación de la predicación de Jesucristo". La predicación es "una disciplina espiritual mediante la cual ofrecemos nuestras mejores palabras y pensamientos a Cristo".⁸

En suma, la predicación persuasiva es la proclamación de lo que Dios ha realizado a través de Cristo en el Calvario. Es el mensaje de Dios, no el nuestro. Anuncia lo que Dios hizo en Jesucristo, lo que Dios hace a través de Jesucristo y lo que Dios hará en aquellos que aman a Jesucristo. Su objetivo es lograr una decisión para el discipulado.

Didache, Kerygma, historia de Dios

El Nuevo Testamento presenta dos tipos de predicación: didáctica (predicación pastoral) y *kerygmática* (predicación misionera). C. H. Dodd estableció una clara diferencia entre las dos arguyendo que la una fue dirigida a los salvados, mientras que la otra fue dirigida a los incrédulos.⁹ Sin embargo, Roberto Worley ha demostrado que una distinción tal es tanto artificial como innecesaria.¹⁰ La predicación didáctica y la *kerygmática* en realidad se complementan la una con la otra. *Kerygma* es la proclamación fundamental de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús y, como tal, forma el fundamento sobre el cual descansa la *didache*. *Didache* es la explicación en detalle de la verdad aplicada que es producto del *kerygma*. No debemos, como predicadores, enfatizar una a expensas de la otra. Donald Demaray comparte con nosotros una idea muy útil acerca de estos dos aspectos del ministerio de la predicación:

"La predicación que toma en cuenta a ambas —la predicación *kerygmática* y didáctica— produce sanidad y bienestar integral. La predicación que se inclina demasiado por el lado *kerygmático*, enfatizando la conversión y descuidando el nutrimento y el crecimiento, retarda la madurez mental y espiritual en el discipulado cristiano. La predicación que se inclina demasiado por el lado didáctico puede enfocarse en las implicaciones teológicas o sociales del evangelio. En cualquiera de estos extremos el resultado es un cristiano deformado que carece de fe y gozo cristocéntricos. Los predicadores del Nuevo Testamento mantienen el equilibrio de las dos".¹¹

Consideremos la función de la predicación en el Nuevo Testamento.

El motivo primario de la predicación del Nuevo Testamento era ganar hombres y mujeres para Cristo e inspirar una relación más estrecha con él. Pablo conectó el poder persuasivo del predicador con el temor de Dios (2 Cor. 5:11). Obviamente el apóstol no veía el propósito de la predicación simplemente como presentación o iluminación de la doctrina sino como un intento de convencer a los oyentes. ¡Predicaba en busca de una decisión! Juan A. Broadus dice que "no es suficiente convencer a los hombres de la verdad, ni hacerles ver cómo se aplica a sus vidas o de qué manera sería práctico para ellos: debemos "persuadir a los hombres".¹² Richard R. Caemmerer añade que la predicación persuasiva debe hacer "una diferencia en las personas".¹³

En la actualidad algunos especialistas en homilética están proponiendo un cambio en el paradigma homilético. Sugieren que redefinamos la predicación como el compartir "mi experiencia". En esta expresión homilética, el corazón del mensaje está en compartir la vida personal, experiencia, investigación religiosa, etc., del predicador; suponiendo que al escuchar la experiencia personal del predicador, el oyente descubrirá el mensaje del evangelio y aceptará la fe. Aunque respeto la buena intención de este esfuerzo, una orientación tal sería contraproducente. El problema es que este enfoque subjetivista le roba al predicador su autoridad básica. La predicación se convierte así en un discurso personal cuyo final no tiene más autoridad que la propia experiencia del predicador. Una predicación tal no es Neotestamentaria. ¡La predicación del Nuevo Testamento es contar la historia de Dios: no mi historia! Y en la

Biblia, la historia no sólo tiene forma y fondo, sino también historicidad. Cuando predicamos, por tanto, nos levantamos para imprimirle vida de nuevo a la historia de Dios tal como sucedió en la historia. ¿No hizo eso el apóstol cuando proclamó que Dios "fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria" (1 Tim. 3:16)?

En este revivir la historia de Dios hemos de tener en mente un punto muy significativo. El joven predicador no debe imponer un estilo académico en el púlpito de la iglesia local y esperar ser efectivo. La tarea primordial del estudioso y la del especialista en homilética está impulsada por diferentes propósitos. El estudioso refina, traza y destila la verdad de la Escritura. Después de que el mensaje del texto ha sido explicado (no importa cuán laborioso pueda parecer ese proceso), la obra del estudioso ha terminado. Lea cualquier revista sobre teología erudita y este hecho es evidente en sí mismo. Sin embargo, la obra del especialista en homilética, el pastor-predicador, comienza apenas cuando el mensaje del texto es descubierto. El pastor se mueve hacia el necesario segundo paso de adornar, ampliar, y adaptar al momento actual la verdad para el nutrimento de los modernos discípulos. Este crítico segundo paso es necesario porque sus oyentes no tienen una conciencia antigua sino moderna. ¡Viven en el mundo actual, no en el mundo de hace 2000 años! La predicación no es exégesis pública. El mensaje del texto debe ser traído a través de un amplio valle de muchos siglos y aplicado al presente. Aproximarse al púlpito con cualquier otra mentalidad no favorece a la predicación. El fracaso en la comprensión de esta naturaleza esencial de la predicación afecta el papel del sermón. Esto me conduce a la siguiente pregunta.

¿Qué es un sermón?

¿Un "acto de adoración"? ¿una "con frecuencia interminable conferencia sobre los deberes o el comportamiento"? ¿Es una tediosa perorata? ¿Es algo que un pastor "pronuncia" cada sábado a las once de la mañana? ¿Es un consejo centrado en el cliente?

Se han intentado muchas definiciones. William Thompsom dio una sencilla definición de *sermón* como "una palabra de parte del Señor para usted".¹⁶ Una definición más compleja dice que el sermón es "la Palabra de Dios [Jesucristo], revelada en las

páginas de la Palabra Escrita (la Biblia), que llega a los oídos de la gente por la proclamación de la palabra (predicación)".¹⁷

Yo lo pondría así: Como el bisturí es la herramienta del cirujano, el martillo es herramienta del carpintero, el pincel es herramienta del artista, así el sermón es la herramienta del Espíritu Santo en las manos del predicador. El sermón no es el objetivo de la predicación, sino su siervo. Cuando predicamos, no intentamos producir ostentación digna de adulación, sino compartir un mensaje que toca los corazones y las mentes de los oyentes.

Una de mis definiciones favoritas de *sermón* es la de David Brown: El sermón es "una invitación a la acción en algún punto del mensaje bíblico".¹⁸ Luego dice a continuación: "Hay dos consideraciones en esta definición. La primera es que el sermón se funda en la historia bíblica, ya sea un pasaje o versículo muy selecto o algún tipo de estudio temático más amplio. El objetivo de cualquier sermón es llevar al oyente a una comprensión más amplia de Dios a través de Jesucristo, de la naturaleza humana, o de cualquier otro tema que esté firmemente arraigado en el mensaje bíblico.

"Segundo, un sermón es un llamamiento a la acción. Un sermón va más allá del mero ministerio de la enseñanza del púlpito (aunque todos los sermones deberían abarcar la enseñanza). El objetivo de la predicación no es la mera impartición de información de sucesos (no importa cuán valiosa sea ésta). Un sermón no se interesa únicamente en la ampliación de nuestro conocimiento. Su objetivo es llevar a la gente hacia el punto de decisión. Es moverlos a hacer algo acerca del material de enseñanza que recibieron. La predicación debe, en cierta forma, constreñir a la gente a poner en acción lo que han oído".¹⁹

Allí lo tenemos. El sermón es una invitación a la acción. Por supuesto, así es como funcionaba el sermón en los tiempos del Nuevo Testamento. Consideremos el sermón de Pedro en ocasión del Pentecostés (Hech. 2). El sermón de Pablo en la Colina de Marte (Hech. 17), o el sermón de Jesús sobre la montaña (Mat. 5-7). Estos inspirados predicadores de la Escritura no esperaban entretener a la gente, sino llevar al pueblo a una acción comprometida con Dios.

Además, el sermón no sólo es un llamamiento a la acción, sino también la *herramienta de la predicación*. Es el *siervo de la predicación*. Ningún sermón

llo del Espíritu es un fin en sí mismo. El sermón es una expresión de la verdad de Dios a través de los seres humanos como testigos autorizados. Jesús, antes de su ascensión, encargó la palabra de proclamación a la Iglesia (Mat. 28:19, 20). Esta proclamación había de ser el anuncio salvador de las buenas nuevas del favor de Dios hacia el mundo. Habría de ser llevado por medio de los ministerios de la Palabra (*kerygma*), servicio (*diakonia*) y el compañerismo (*koinonia*). El sermón, por lo tanto, no es más que un aspecto del ministerio de la iglesia. No es el único ministerio, pero funciona dentro del ministerio de la iglesia total. ¡Y, como ocurre con cualquier otro don, el sermón lleno del Espíritu nunca pone al predicador en el centro del escenario, sino que llama la atención al Señor del predicador!

Aumentando el Impacto persuasivo

Finalmente llegamos a la última pregunta de este artículo: ¿Cómo podemos hacer de la predicación una fuerza persuasiva en la iglesia local? Sugiero tres pasos:

Primero, el poder persuasivo en la predicación aumenta cuando usted puede comunicar dedicación. El poder persuasivo está directamente ligado a la profundidad de nuestra dedicación a Cristo. De este centro dimana todo poder persuasivo. La conexión con Cristo es el secreto del poder. ¡Algunos carecen de poder en su predicación porque carecen de esta dedicación! Paul Sangster escribió acerca de su padre, W. E. Sangster, que luchó contra la tentación de dejar que otras cosas ocuparan el lugar de Dios. El señor Sangster, padre, escribió en su diario: "Yo quería categoría más que conocimiento, y alabanza más que aprovisionamiento para el servicio".²⁰

La clave para lograr el poder persuasivo es la consagración, y la senda para la consagración es la entrega. Dietrich Bonhoeffer escribió que "cuando Cristo llama a un hombre, lo invita a venir y morir".²¹ El ungimiento del Espíritu Santo es la clave del poder.

Segundo, el poder persuasivo en la predicación aumenta cuando usted puede comunicar carácter. Su poder persuasivo está estrechamente ligado a lo que el griego llama *ethos*. Su efectividad en el púlpito está directamente ligada a él. La idea del *ethos* viene de la teoría retórica del griego clásico y se refiere a la percepción de la credibilidad por parte de los oyentes de la que goza el predicador.²² Donald Sunukjian señala que "el *ethos* de un predi-

cador es la opinión que sus oyentes tienen de él como persona. Si la opinión que tienen de él es elevada, tendrá un *ethos* elevado, o gran credibilidad, frente a ellos. Esto significa que ellos serán susceptibles de creer cualquier cosa que diga. Por otra parte, si la opinión que tienen de él es inferior, su *ethos*, o credibilidad, será pobre, y "taparán sus oídos aun antes de que comience a hablar".²³

¿Qué es lo que hace posible la credibilidad de un predicador? Ya hemos mencionado la consagración. A ésta podemos añadir tres elementos más:

1. Fidelidad a la palabra de uno. El cumplir la palabra empeñada es un ladrillo importante en la construcción de la credibilidad. Prometer sólo aquello que uno puede cumplir, es vital para fortalecer nuestra credibilidad personal.

2. La vida familiar como una demostración de capacidad para reflejar amor a otros. Mucho del contenido del Nuevo Testamento está dedicado a la vida familiar, porque la conducción de la familia es el campo de entrenamiento para un liderazgo confiable en la obra de la iglesia. Los predicadores que tratan a sus esposas en cualquier forma contraria al evangelio ponen en peligro su credibilidad.

3. La justicia en el trato con la gente. El predicador no puede darse el lujo de pertenecer a ninguna facción en la iglesia local. Mostrar trato preferencial a los intereses particulares de un grupo en la iglesia local mientras muestra severidad hacia otros es la forma más rápida de perder la credibilidad de su liderazgo.

Tercero, el poder persuasivo en la predicación aumenta cuando usted puede comunicar competencia. Sunukjian muestra que los oradores pueden comunicar competencia "por medio de una apariencia atractiva, una exposición fluida, un mensaje organizado, y un evidente conocimiento del corazón humano".²⁴

La apariencia personal es un indicador de seriedad profesional. Sin embargo, los predicadores permiten con mucha frecuencia que otras cosas proyecten una imagen negativa. ¿Cómo figura el boletín de la iglesia? ¿Cómo se ve su boletín de noticias? Su iglesia no se emocionará con el evangelismo si sus anuncios los avergüenzan.

La exposición y su organización también habla de su competencia. ¿Es confiable su exposición? ¿Es apasionada? ¿Ferviente? ¿Es usted claro y organizado en su presentación? Ser fácil de seguir es decisivo en el arte de persuadir a sus oyentes para

Dios. ¿Sus sermones están diseñados clara y cuidadosamente? ¿O son amorfos, de forma libre, gelatinosos? Una estructura buena y firme es una tremenda ayuda para crear un mensaje que sea afín a los oyentes.

La relevancia también es decisiva para la efectividad de los predicadores. Los predicadores tienden un puente entre dos mundos cada vez que presentan eficazmente la Palabra de Dios. Nuestra capacidad de persuasión se acrecienta grandemente cuando los oyentes creen firmemente que el predicador está conectado con el mundo actual, pero que también está en contacto con el mundo del más allá. La relevancia puede fortalecerse utilizando el vocabulario común del pueblo a quien se le predica semana tras semana. Francamente, no hay nada inherentemente sagrado en cuando a Tú o Usted. Sabio es el predicador que utiliza las palabras, imágenes y maneras de hablar de sus oyentes. ¿Qué palabras o frases son familiares para la gente a quien usted ministra? La jerga técnica de la teología puede ser apropiada para el salón de clases, pero no debería ser la norma de expresión para el púlpito.

Al comunicar consagración, carácter y competencia en su ministerio del púlpito, usted incrementará el impacto persuasivo de su predicación.

1. Charles W. Koller, *Expository Preaching Without Notes* (Grand Rapids: Baker Book House, 1977), pág. 13.

2. H. M. S. Richards, *Feed My Sheep* (Washington, D. C.: Review and Herald Pub. Assn., 1958), pág. 19

3. Carlyle B. Haynes, *The Divine Art of Preaching* (Washington, D. C.: Review and Herald Pub. Assn., 1939), pág. 19.

4. Henry Ward Beecher, *Lectures on Preaching* (New York: Fords, Howard, and Hulbert, 1900), pág. 29.

5. Phillips Brooks, *Lectures on Preaching* (New York: E. P. Dutton and Co., 1907), pág. 5.

6. A. W. Blackwood, *The Fine Art of Preaching* (New York: MacMillan Co., 1937), pág. 3.

7. Richard Karl Hoefler, *Creative Preaching and*

Oral Writing (Lima, Ohio: CSS Pub. Co., 1984), pág. 5.

8. David Buttrick, *Homiletic: Moves and Structures* (Philadelphia: Fortres Press, 1987), págs. 449, 452.

9. C. H. Dodd, *The Apostolic Preaching and Its Development: With and Appendix on Eschatology and History* (New York: Harper and Brothers, 1949), pág. 7. El dice que, "los escritores del Nuevo Testamento trazaron una clara distinción entre la predicación y la enseñanza".

10. Robert Worley en una completa refutación de la teoría de Dodd, en su libro *Preaching and Teaching in the Early Church* (Philadelphia: Westminster, 1968), págs. 30-56, puede ayudar bastante.

11. Donald E. Demaray, *Introduction to Homiletics*, 2nd. ed. (Grand Rapids: Baker Book House, 1990), pág. 39.

12. John Broadus, *On the Preparation and Delivery of Sermons*, 4ta. ed., rev. por Vernon L. Stanfield (San Francisco: Harper and Row, 1979), pág. 170.

13. Richard R. Caemmerer, *Preaching for the Church* (St. Louis: Concordia, 1959), pág. 35.

14. Andrew Blackwood, *The Preparation of Sermons* (New York: Abingdon-Cokesbury Press, 1948), pág. 255.

15. *Webster's II New Riverside Dictionary* (New York: Berkley Books, 1984), pág. 623.

16. William D. Thompson, *A Listener's Guide to Preaching* (Nashville: Abingdon Press, 1966), pág. 14.

17. *Id.*, pág. 25.

18. David Brown, *Dramatic Narrative in Preaching* (Valley Forge, Pa.: Judson Press, 1981), pág. 81.

19. *Ibid.*

20. Citado en Paul Sangster, *Doctor Sangster* (London: Epworth, 1962), pág. 90.

21. Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship*, rev. ed. (Londres: SCM., 1959), pág. 79.

22. Donald R. Sunukjian, "The Credibility of the Preacher", *Bibliotheca Sacra* 139 (julio-septiembre, 1982): 256.

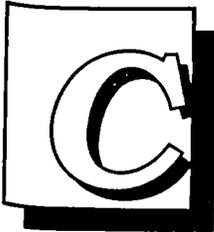
23. *Ibid.*

24. *Id.*, pág. 257.

Dick Duerksen

SABADO EN BETESDA

La predicación narrativa trae a Dios más cerca del oyente, y muestra la forma en que suplimenta activamente todas nuestras necesidades.



*C*aminaba como un hombre con una misión, colocando cuidadosamente cada pie entre los cuerpos que yacían en el piso, mientras se movía en dirección al centro del pórtico.

Era alto, más alto que todos los que estaban en la puerta de las ovejas. Ciertamente más alto que los encorvados y quebrantados que estaban acomodados como niños que dormían sobre las piedras del pórtico.

Su rostro denotaba determinación y piedad. Piedad por los agonizantes que esperaban a un ángel tardío para que los sanara. Determinación para llenar el sábado con una nueva esperanza.

Se detuvo junto al más viejo, un hombre enfermo que desde hacía tanto tiempo, nadie podía recordar cuándo, había sido traído lleno de esperanzas a la orilla del estanque.

Se inclinó, con las sandalias y las rodillas presionando fuertemente el polvo, alargó las manos y tocó el brazo del viejo. Como el Creador que despierta a Adán del polvo del Edén...

La predicación narrativa estimula los sentidos de los oyentes, valiéndose eficazmente de historias que ponen a las Escrituras en contacto con la vida. Yo la llamo "haciendo lugar para dos en mis sandalias", porque cuando lo haga apropiadamente estaré respirando el aire de Palestina y caminaré en el polvo de Galilea. Si yo predico usando la narrativa

como "si hubiera estado allí", los oyentes se unirán en la historia, caminarán conmigo en mis sandalias.

La historia de Cristo que sanó al hombre en el Estanque de Betesda, por ejemplo, habla de varios grandes temas. Estos son "cómo responde Dios a la enfermedad", "el papel de la fe en la restauración", y "disfrutando del sábado como el día del Señor que invita a la celebración y la renovación". Cada uno de estos asuntos puede manejarse eficazmente si se narra el incidente de Betesda como una historia en primera o tercera persona. Y las posibilidades en la narración de una historia son casi ilimitadas. Yo he contado esta historia en las palabras del hombre sanado; con las emociones de un discípulo que siguió a Jesús hasta el estanque; escarbando el odio íntimo de un furioso fariseo, y como un interesado pero temeroso observador.

Este artículo tiene como propósito describir el proceso de planificación y preparación que cualquier predicador puede usar con éxito para excavar las minas de las bellas historias de la Biblia. Con esos tesoros en mente es más fácil predicar en un estilo narrativo; más fácil poner al cristianismo en contacto con la vida de la gente; más fácil mostrar cómo lo que Dios hace tiene sentido. Ahora mismo presento ocho pasos que sigo en la preparación de un sermón narrativo.

1. Busque un Guía personal en su estudio.

Usted no puede estudiar solo. Si abre las Escrituras sin pedir al Espíritu Santo que lo guíe a la verdad de Dios, Satanás tomará control para crear

en su mente cualquier horrible confusión que se le antoje. De modo que comience deteniéndose. En ese momento de quietud pídale al Espíritu Santo que dirija su estudio, que mantenga su imaginación santificada y su enfoque en las necesidades de sus oyentes y la grandeza de Dios.

2. Escuche cómo algunos pasajes bíblicos piden ser narrados.

Cada capítulo de la Biblia tiene cuando menos una historia que comienza en tono narrativo, algunos tienen 20. A medida que usted lea, esas historias le cautivarán el corazón gritando: "¡Mira hacia acá! ¡Yo hablo directamente sobre una batalla que tus miembros están librando ahora mismo! ¡Predícame!"

Este artículo tiene como propósito describir el proceso de planificación y preparación que cualquier predicador puede usar con éxito para excavar las minas de las bellas historias de la Biblia.

Durante mi "estudio-sermón" uso tres o cinco versiones diferentes de la Biblia. Probablemente usted quiera añadir el griego, el hebreo y otras que son magníficas ayudas para el estudio en la compu-

tadora. Explote el poder que dimanan de diversas traducciones, trate de captar los aspectos notables de cada versión. Haga muchas anotaciones.

El proceso de todo estudio se parece mucho a la búsqueda incesante del precioso oro en una rápida corriente montañosa. Lleno mi cacerola con arena y agua valiosas, y comienzo el lento proceso de entresacar el oro. Muchas ideas surgen a la superficie como posibles temas para sermones. Pero, como en la búsqueda del oro, el agua de la vida arrastra la mayor parte del tesoro, dejando sólo las valiosas pepitas depositadas en mi cuaderno de notas. Estas tienen un brillo tan intenso que inmediatamente sé que ellas constituyen temas para futuros sermones. Están "pidiendo a gritos ser predicados".

Una noche estaba yo leyendo Malaquías 4 y meditaba en el poder sanador prometido por el "mensaje de un Elías" de los últimos días. Siempre me ha perturbado el mensaje de un Elías que suena como un flamígero estallido en el Monte Carmelo. El sermón que surgió pidiendo ser predicado esa noche era la historia de la gracia transformadora que Dios sopló gentilmente sobre Elías en el Monte Horeb.

Pocas semanas después la vida de Manasés me llamó desde 2 Reyes 21. El resultado fue un sermón narrativo sobre la justificación por la fe, demostrado en la forma amante como trató Dios al impío rey. También están las historias de Isaías 49:2 que surgen repentinamente clamando. Y una docena más de ellas.

Mi sermón favorito acerca del sanamiento del paralítico de Betesda surgió pidiendo ser predicado durante un pequeño grupo de estudio relacionado con las regulaciones judías sobre el sábado. El resultado se centra en las leyes y la gracia del sábado.

3. Póngase de pie e imagínese Incursionando en la historia.

Esta es mi parte favorita en la preparación de un sermón. Es un tiempo de pacífico relajamiento, una ocasión cuando el polvo de los caminos de Palestina se acumulan entre los dedos de mis pies, cuando las tormentas del Mediterráneo soplan agitando mi cabello, y cuando el grito de triunfo de Joab reverbera en mis oídos. Es el tiempo cuando Dios y yo caminamos juntos a través de esta historia, cuando me hace lugar en sus sandalias. Es una ocasión especial para hacer muchas preguntas, cada una de las cuales abre un nuevo rincón de la

historia y revela algunos nuevos fragmentos de información que me ayudarán a comunicar las buenas nuevas a los oyentes.

Hay algunas claves para hacer que este tiempo sea cristocéntrico y productivo.

a. Tenga cuidado con la imaginación no santificada. Si usted deja que su imaginación no santificada recorra los caminos de Canaán, será atrapado por Beelzebú, Moloc o Baal. La única seguridad es pedir al Espíritu Santo que santifique su imaginación y le guíe por la senda de una historia real y espiritualmente verdadera.

b. Aproveche sus cinco sentidos. Este es el gran "secreto" para exponer exitosamente su sermón en forma narrativa. Toda historia comprende el acto de oler, ver, oír, tocar y gustar. La "vida" del sermón depende de lo que usted descubra mientras camina cuidadosamente a través de la historia, tomando una muestra de todo lo que capten sus sentidos.

Para ilustrarlo mejor, únase a mí y vayamos hasta donde está Jesús arrodillado al lado del paralítico, en el pórtico central.

Ofato. El estanque de la supuesta sanidad está exactamente dentro de la puerta de las ovejas de Jerusalén donde los mejores animales de Israel son bañados, acicalados, trasquilados y preparados para el sacrificio. Un fuerte e inconfundible olor a lana húmeda permea los pórticos, agudizado por el olor pesado de los cuerpos enfermos desaseados y las diversas enfermedades que mantienen a quienes las padecen junto al estanque. Enfatizando los olores, están presentes los múltiples aromas provenientes de las verduras, carnes y pan que se están friendo, horneando e hirviendo alrededor del estanque.

Junto a nosotros una madre joven pela una naranja para su niño enfermo. Por un instante la fragancia de la fruta sobrepasa los penetrantes olores, pero un inesperado viento desplaza al aire y vuelven la lana húmeda y la comida.

Y enmarcando todos estos olores está la frescura de la mañana, un sábado de mañana en Jerusalén.

Vista. El agua es de color oscuro, oscura como una taza de café, oscura con una manchita de crema en la superficie. Un sol anaranjado pinta manchas cambiantes parecidas a las de un tigre en las columnas de piedra que se levantan por encima del polvo grisáceo de los portales.

El estanque de Betesda es de forma rectangular con amplios porches en cada lado y uno grande que cruza por el medio. Cada pórtico está lleno de gente

enferma; jóvenes y ancianos. Algunos, como el Viejo de la historia, parecen solitarios tendidos sobre esteras, otros son solícitamente atendidos por un puñado de familiares y amigos.

Las ropas del Viejo ya no muestran los colores y diseños propios de su tierra natal. El se ha convertido en un habitante del estanque, adoptando sus trazos claros y grises, poco descriptibles, como propios.

Otras imágenes llenan mis ojos. Un centurión montado gallardamente sobre su caballo justo al lado de la puerta, las ovejas todavía no lavadas que llegaron ayer ya tarde, un chispeante fulgor que salta de los fuegos del desayuno. Y muchos rostros. Rostros lavados y sucios. Rostros tersos y arrugados. Rostros anhelosos y rostros desesperados. Rostros que se preguntan qué significará la ansiosa determinación del Cristo. Rostros expectantes en el sábado.

La "vida" del sermón depende de lo que usted descubra mientras camina cuidadosamente a través de la historia, tomando una muestra de todo lo que capten sus sentidos.

Sonidos. Recuerde que sus "descubrimientos" son la "clave" para construir un sermón "vivo". Y los

sonidos son vitales en toda historia. Tome un par de minutos para hacer una lista de lo que escuche mientras está de pie junto al estanque de Betesda. Manténgase silencioso. Mantenga sus oídos muy cerca de los pequeños tintineos, gruñidos, arañazos y murmullos matinales provenientes de un hospital y corral de ovejas.

Sus sonidos deberían incluir balidos de ovejas, cascacos de caballos romanos, silbido del viento, murmullo del agua, preparación de alimentos, y el sonido de la voz de Cristo.

Gusto. ¿Qué pasa con sus papilas gustativas mientras está de pie al lado del estanque? ¿Puede percibir el sabor del pan que una madre tullida fríe para sus dos desnutridos hijos? ¿Se le hace agua la boca cuando el soldado romano le da un mordisco a una jugosa manzana? ¿Y qué en cuanto al agua clara y fresca que el desdentado comerciante vacía en el tazón de barro de aquel niño mendigo?

Tacto. Cuando miré, las manos de Jesús empezaban a posarse lentamente sobre la arrugada piel del Viejo, apretando suavemente el frágil hombro como si evocara los poderosos músculos de Adán en el Edén. Luego sus manos se mueven hasta las raídas cobijas que el Viejo ha usado para proteger sus carnes del polvo del pórtico. "Levántate" —la voz del Creador estaba dominada por una persistente

energía—, "toma tu lecho, y anda" (Juan 5:8, Mensaje).

c. Identifique las emociones de los protagonistas. Reviva las emociones de cada uno de los protagonistas de la historia. Tome en cuenta a los enfermos, a los ceñudos fariseos que observaban, a los pastores, los cocineros y el centurión. ¿Qué experimentan todos ellos al principio, durante y al final de la historia? ¿Se enojaron algunos de los enfermos porque Jesús eligió al Viejo? ¿Hubo un clamor que demandaba la asistencia de Jesús cuando el Viejo comenzó a correr ante sus imposibilitados miembros y actitudes frustradas? ¡En sábado!

¿Hay palabras que puedan describir las emociones del Viejo?

d. Escriba la oración que describa la tesis de su sermón. Para poder describir suspiros y sonidos es esencial la narrativa en una predicación; pero la verdadera "vida" de esa predicación reside en la forma en que apela directamente a las necesidades personales. Un sermón narrativo se vale de palabras, emociones e ideas para tocar los sufrimientos, esperanzas y frustraciones que la gente experimenta cada día. Recurre a las grandes historias del pasado para demostrar la forma en que Dios nos toca hoy. La predicación narrativa de calidad hace que Dios se acerque más al oyente.

"Y hay en Jerusalem a la puerta del ganado un estanque, que en hebraico es llamado Betesda, el cual tiene cinco portales. En éstos yacía multitud de enfermos, ciegos, cojos, secos, que estaban esperando el movimiento del agua. En ciertos momentos, se agitaban las aguas de este estanque; y se creía que ello se debía a un poder sobrenatural, y que el primero que en ellas entrara después que fuesen agitadas sanaba de cualquier enfermedad que tuviese. Centenares de enfermos visitaban el lugar; pero era tan grande la muchedumbre cuando el agua se agitaba, que se precipitaban y pisoteaban a los más débiles." (El Deseado de todas las gentes, pág. 171).